

57-4

MARIANO PERNÍ GARCIA

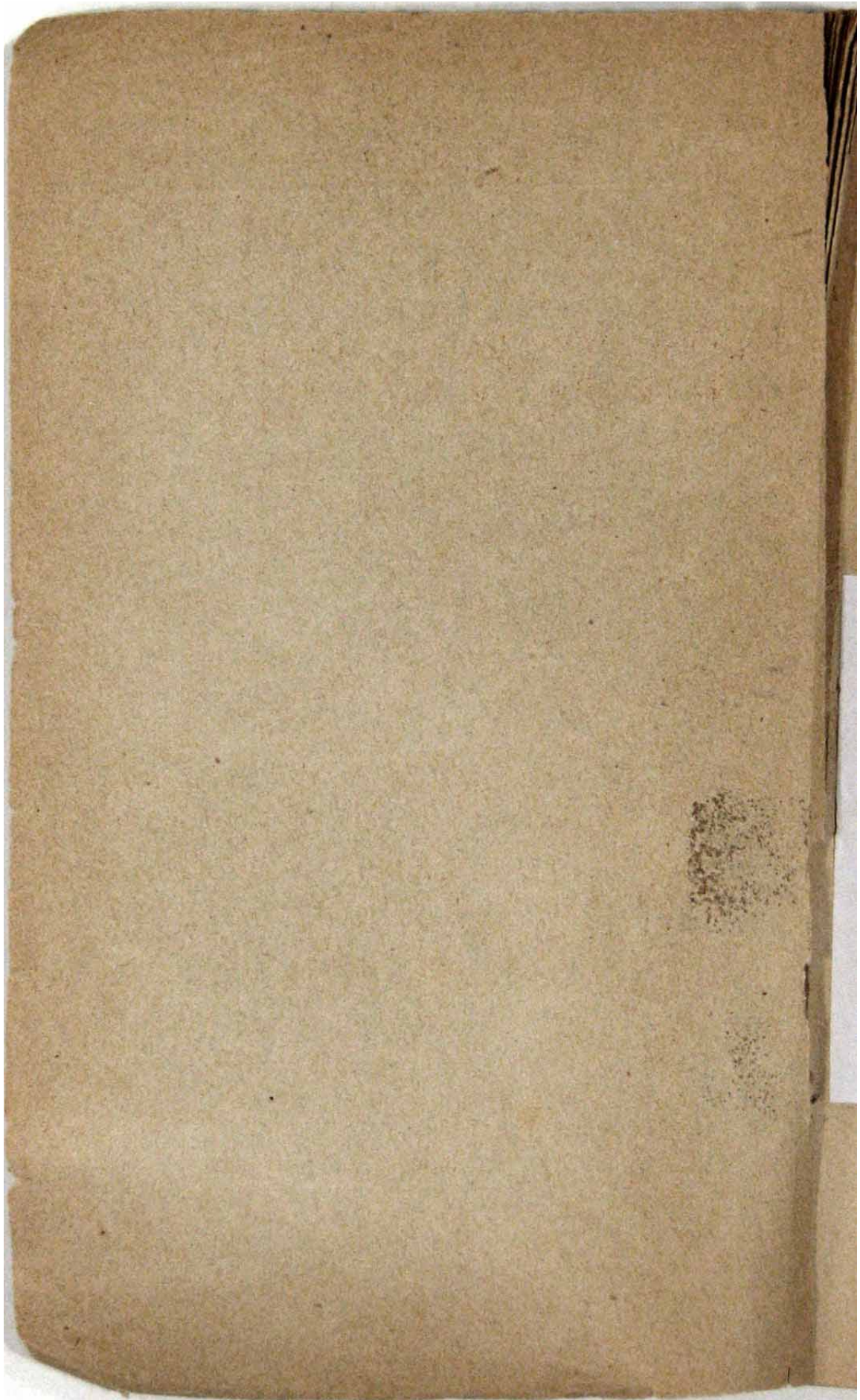
# SIN TON NI SON

VERSOS



MURCIA  
IMPRESA DE EL DIARIO  
1896

064



R 33.835

MARIANO PERNÍ GARCIA

# SIN TON NI SON



RSOS



MURCIA  
IMPRESA DE EL DIARIO  
1896



## PASE USTED, LECTOR...

---

Sí, pase usted adelante,  
que á usted y á todos, galante  
en esta portada espero:  
mi clase insignificante  
no me deja usar portero.

Mejor dicho, prologuista  
que fuera mi apologista  
y que dijera quién soy:  
por eso, aunque me contrista,  
abro yo mismo... ¡aquí estoy!

Con mi cara y mis modales,  
buenas prendas, personales,  
jóven, ni guapo ni feo,  
y sin gafas. porque veo  
sin ojos artificiales.

Con un tipo regular,  
que no ofrece de saliente  
nada de particular

ni de perfil ni de frente;  
segun se quiera mirar.

Tal como soy, el favor  
aguardo aquí del lector  
que abra este libro un momento,  
para hacerle sin temor  
el siguiente ofrecimiento:

—«Pase usted hoja trasheda,  
lector, y á su gusto escoja  
lo que sea de su antojo:  
si le gusta no me enoja,  
y lo siento si le enoja.

Aquí no encontrará usted  
lo sério y trascendental,  
que á tanto no me lancé:  
yo en mis versos no pasé  
de lo que es superficial,

de lo que al alma no altera,  
de lo que es llano y corriente,  
de lo que se vé por fuera,  
de lo que dice la gente,  
de lo que piensa cualquiera.

De eso, como imaginé  
con mi inteligencia escasa,  
lo que vá despues rimé...  
Ah, pero siéntese usted,  
lector: está usted en su casa.

\* \* \*

Pues, señor... como es tan sosa  
la vida en este planeta,  
hay que hacer alguna cosa

desde la cuna á la fosa;  
y yo quise ser poeta.

Sin musa no puede ser:  
no la lograba tener,  
mas por eso no hubo excusa;  
¿y qué hice? tuve una musa  
tomándola en alquiler.

Aunque mala, á lo que entiendo  
me vá servicio prestando,  
pues levantando y cayendo  
yo con ella voy viviendo;  
por no decir voy cobrando.

Hacia ella por su bondad  
con toda sinceridad  
siento gratitud inmensa;  
pues su magnanimidad  
me hizo «chico de la prensa».

Y desde esta gerarquía  
un día tras otro día  
mi único tormento es  
la prosa y la poesía,  
al derecho y al revés.

Por más que yo me resista  
por varios puntos de vista  
entre ellas he de vivir:  
¡qué gusto ser periodista  
si no hubiera... que escribir!

Pero amigo, tal regalo  
no lo logra ni el más ducho,  
y en el oficio en que lucho  
lo que escribí sé que es malo,

pero tambien sé que es mucho.

La exigida actividad  
del dia, trajo á mi mente  
temas de oportunidad,  
que ha llevado en su corriente  
la rápida actualidad.

Viéndolos desaparecer  
inclinado me sentí  
de ellos recuerdo á tener;  
algo pude recojer  
y algo de eso guardé aquí.

Esta es, pues, lector, la idea  
que ante el libro se me ocurre:  
¡mírelo cuando lo lea  
con gusto si le recrea,  
con malhumor si le aburre...!

•

Y basta de invitacion  
y de importunarle así:  
ahí van, renglon tras renglon,  
los versos que puse aquí  
escritos SIN TON NI SON. » —

*M. Ferni Garcia.*

Murcia 10 de Diciembre de 1896.



---

## EL TREN DE LOS MUERTOS

---

*Se están haciendo los estudios de un ferrocarril desde Madrid al cementerio del Este. — «El Imparcial.»*

No digo yo que el progreso  
no es una cosa excelente,  
¡nada de eso!  
lo que digo solamente  
es, que al leer lo que apunto  
más arriba (porque quiero)  
me quedé casi viajero,  
es decir, casi difunto.

¡Un tren para conducir  
los muertos al camposanto!  
¿qué más se puede pedir...?  
(porque yo no pido tanto.)

Esto á mí se me figura  
la mayor comodidad,

¡marchar á la sepultura  
en grande velocidad!

Hacer el postrer viaje  
en un buen departamento,  
sin estorbos ni equipaje...

¡Cuánto siento  
que no haya aquí todavía  
línea *fune-carrilera*,  
por si á mí se me ocurriera  
el morirme cualquier día!

Pero no hay que impacientarse  
porque todo se andará;  
no hay que desilusionarse,  
¡ya se hará!

Porque la cosa convida:  
nos llevan á la estacion  
y esperamos la partida  
con santa resignacion.

Los mozos ya no darán  
la voz: «¡Viajeros al tren!»  
sino que nos cojerán  
para montarnos... (¡Qué bien!)

Cuando una vez colocados  
el tren en su marcha apriete  
no vendrán los empleados  
á pedirnos el billete;

y ya nos dará un ardite  
que nos caiga un monte encima  
ó que el tren se precipite  
por una profunda sima.

¡Qué tranquilidad más sana!  
¡qué grato modo de irse!...  
si pensándolo dá gana  
de morirse.

Ya no se podrá llamar  
á la muerte «parca *fiera*»  
¡como que nos va á llevar  
en un coche *de primera!*

En la esquila dirá junto  
con lo demás, según veo,  
si el tren en que irá el difunto  
ha de ser mixto ó correo.

Tambien hay que suprimir  
de ese fúnebre lenguaje  
el Requiéscant, y decir:

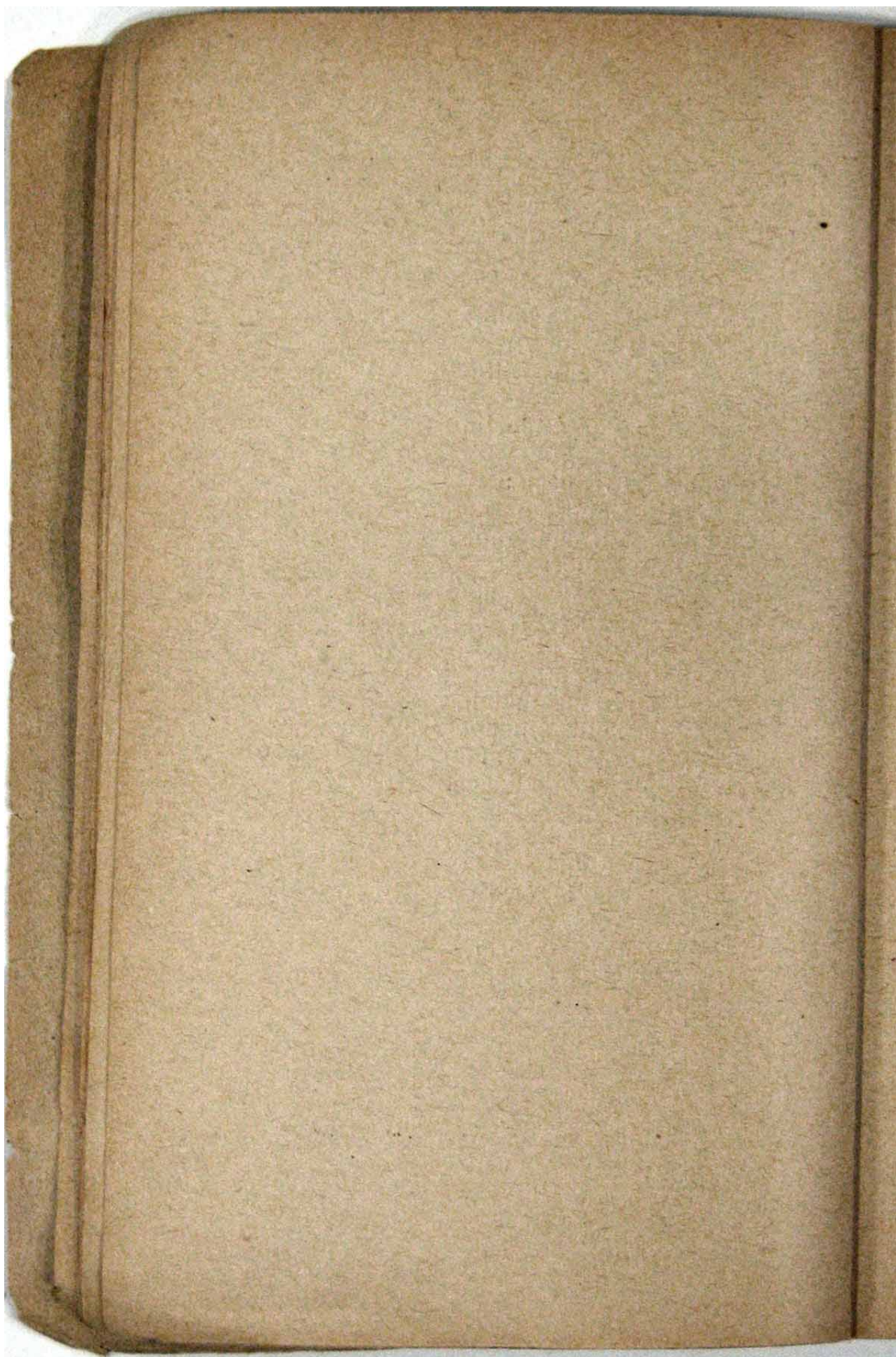
¡buen viaje!

Pero todo se irá haciendo,  
contentémonos ahora  
con que se vaya extendiendo  
tan importante mejora,  
pues tiene lo que ideamos  
un mérito sin segundo,  
¡hay tanto aquí, que mandamos  
yá progreso al otro mundo!

Por mas que yo, lo confieso,  
es cuestion de apreciaciones,  
pero esas innovaciones  
no me parecen progreso.

¿Que por qué?

Porque un adelanto sério  
en esto yo lo veré,  
sólo cuando al cementerio  
vayan los muertos á pié.



---

## PAISAJE



(MURCIA)

Arboles, vida, luz, plantas y flores,  
cielo azul despejado y trasparente,  
verde enramada, bulliciosa fuente,  
y pájaros que cantan sus amores.

Entre el vário conjunto de colores  
el Tháder se abre paso lentamente,  
y escuchando el rumor de la corriente,  
el huertano comienza sus labores.

Muestra aquí una barraca su pobreza;  
sus frutales la tierra productora,  
allá lejos, ostenta su grandeza

la santa Torre que el murciano adora,  
alumbrando, por fin, tanta belleza,  
la débil luz de la naciente aurora.

1888.

---

## LA MISA DE CAMPAÑA

I

Del vistoso campamento  
en la superficie inmensa,  
se alza el altar en el que hay  
un Cristo con pocas velas.  
El cura del regimiento  
la santa misa celebra,  
teniendo el espacio azul  
por bóveda de la iglesia.  
Todo el cuerpo del ejército  
formado en líneas correctas  
se extiende por la llanura;  
y en el aire libre ondean  
las banderas militares,  
de la patria santa enseña.  
El sol hiere en mil reflejos  
las agudas bayonetas  
y en los galones dorados,  
en roses y en charreteras,

sus hilos de roja luz  
en rayos brillantes quiebra.  
Debe estar del campamento  
el enemigo muy cerca  
y en la misa de campaña  
aquellos valientes rezan  
y cobran valor y alientos  
para entrar en la pelea.  
El sacerdote en sus manos  
la Sagrada Forma eleva,  
de cornetas y tambores  
el toque marcial resuena  
y los soldados se inclinan  
con una rodilla en tierra.

## II

En momento tan solemne  
de tan augusta grandeza,  
bien se acuerda el pobre quinto  
de la misa de su aldea!  
Allá, bajo el pobre techo  
de aquella ermita modesta,  
cuyos altares cubrían  
mantales de tosca tela,  
misa oyó con devoción  
todos los días de fiesta.  
Y al concluir, siempre aguardaba  
ver una cara morena  
con unos ojazos negros  
que están llorando su ausencia:  
y poniéndose al instante,  
él, gozoso, al lado de ella,  
en conversacion alegre



se iba, hácia una vivienda  
donde desde que él se vino  
no ha habido baile en la puerta.  
Ahora al terminar la misa  
oir aquella voz no espera,  
sino la del capitán  
que enérgicamente ordena  
lo que ha de hacer el soldado  
hasta que triunfe ó que muera.  
Allá, en su iglesia sencilla  
se aspiraban las esencias  
que mandaban desde el monte  
sus mil olorosas hierbas,  
y las flores que la entrada  
del ancho átrio festonean.  
En el campo de combate  
otro incienso ne se quema  
que la pólvora que en nubes  
aún en el espacio humea.  
La bendición de la misa  
de su pueblo, el alma alegre;  
pero la de aquí entristece  
con sus tonos de «Requiescant...»

## III

De pronto se oye distante  
sonar el toque de guerra;  
van trasmitiendo las órdenes  
las destempladas cornetas;  
el sacerdote en la misa  
el santo rezo acelera;  
en distintas direcciones  
van moviéndose las fuerzas;

y el joven quinto dirige  
la mano á la cartuchera,  
y mira al altar y al cielo  
y este ruego balbucea:  
«¡Dejadme que vuelva á ver,  
Señor, su cara morena,  
cuando se acabe la misa  
de la ermita de mi aldea!»

## LADRIDOS

(CONTRA LA MORCILLA)

Carta que recibí ayer  
por el correo interior  
y me creo en el deber  
de dársela á conocer  
aquí, al curioso lector.

La firma un perro de presa  
que á la legua he conocido  
debe ser muy instruido;  
pues sabe hacer letra inglesa  
y la escribe de corrido.

Claro que cuando la ví  
al pronto yo no entendi  
su extraño significado;  
pero después he logrado  
traducirlo: Dice así:

«A Don (Fulano de Tal:)  
Le dirijo la presente  
y no lo tome usted á mal,  
porque el asunto es urgente  
y grave y trascendental.

Ahora mismo empezaré.  
Yo soy perro, aunque no esté  
bien que lo declare así;  
perro, para lo que usted  
quiera disponer de mí.

Y he visto con sentimiento  
que el ilustre ayuntamiento,  
como cosa muy sencilla,  
dispone sin miramiento  
que se nos dé «la morcilla».

Y lo hace para evitar  
que alguno pueda rabiar  
y muerda luego después...  
¡me parece que eso es  
lo que se llama acertar!

¡Conque por si rabia alguno,  
no hay medio mas oportuno  
de evitarlo, que esos modos:  
acecharnos uno á uno  
y darnos la muerte á todos!

Pues de tan necios rigores,  
yo, por mi raza, señores,  
debo aquí de protestar,  
pues que no deben pagar

los justos por pecadores.

Si yo cumplo mi destino  
y recorro mi camino  
tal como se me marcó;  
¿de que rabie mi vecino  
tengo alguna culpa yó?

Esa sentencia maldita  
corregirse necesita,  
porque es dura y es cruel:  
y al que rabie, eso no quita,  
al que rabie, duro en él.

Pero lo que yo no quiero,  
ni permito, ni tolero,  
aunque el hombre así lo pida,  
es que á todos se nos mirla  
aquí con igu al rasero.

¡Hombre, en qué país vivimos?  
¡Qué le parece á V., tras  
lo mucho que le servimos,  
el pago que recibimos!  
¡Vaya, no faltaba más!

Yo con mi opinion mi aferro;  
el hombre está en un gran yerro  
si es que ha tomado por sábia  
la máxima: «muerto el perro  
ya se ha acabado la rabia.»

¡La solución es graciosa: —  
pero entonces no os asombre

que el perro diga otra cosa,  
y es que una vez muerto el hombre  
no hay mordedura infecciosa.

Nuestro derecho es vivir  
y yo lo quiero exigir  
y en él me amparo y escudo:  
es preciso concluir  
con esa ley del embudo,

tan cómoda y tan sencilla,  
que por proteger celosa  
á la humana pantorrilla,  
nos suelta la venenosa  
y mortífera morcilla.

¡Y aún dice el hombre formal  
que es una amistad leal  
la de él y el perro! Me irrita  
y digo ante afecto tal:  
¡Qué amigos tienes, Benito!...

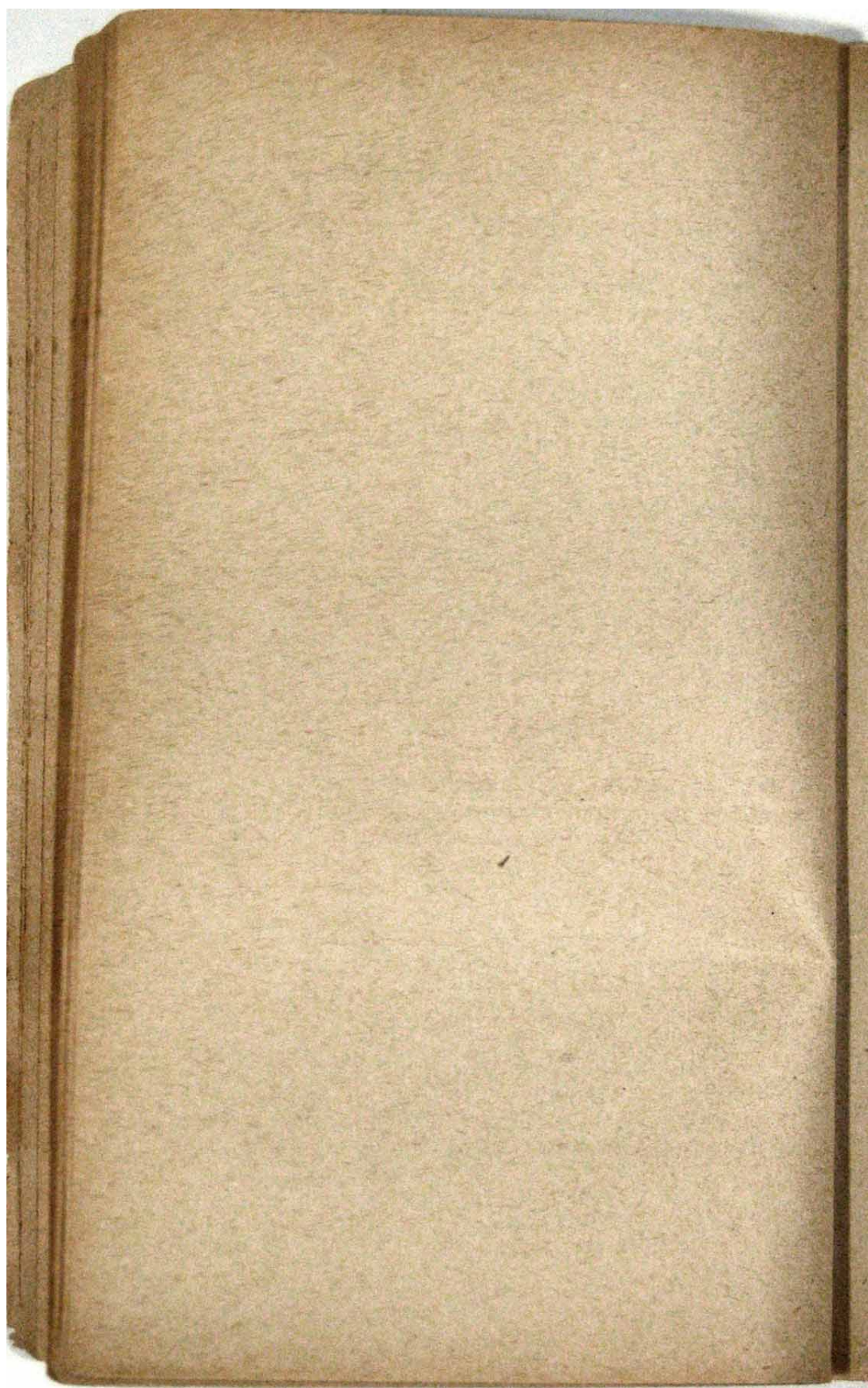
Mas basta de digresiones  
y volvamos al asunto  
principal de estos renglones,  
que está la cuestión á punto  
de que dé mis opiniones.

Si se trata de privarnos  
de que podamos cebarnos  
mordiéndole á alguna gente,  
tenemos que conformarnos  
con la idea: ¡es excelente!

Pero el medio que se emplea  
no corresponde á la idea,  
y se debe desistir  
de usarlo, y otro que sea  
más oportuno elegir.

Ese sistema anticuado  
es el menos apropiado  
y el más torpe y criminal...  
¡con ponernos un bozal  
estaba todo arreglado!

Gástese en eso el dinero  
que se gasta en la otra empresa,  
y aplaudiré placentero  
el de lanas, el ratero  
y hasta este **PERRO DE PRESA**.





FLAQUEZA

—  
(SONETO)

No me sirve la misa, Rosa hermosa,  
cuando te hallo en la iglesia, de mí enfrente;  
pues aunque quiero estar devotamente  
dejo la misa por mirarte, Rosa.

Ya sé que es por demás pecaminosa  
esa acción que cometo irreverente;  
mas confío en que Dios justo y clemente,  
no habrá de castigarme por tal cosa.

Inapelable, nos dictó su mano  
la sabia ley desde la augusta altura:  
vive aquí á su designio soberano

sometida la humilde criatura;  
y en su flaqueza, el hombre más cristiano  
mirando á una mujer olvida al cura.

## MI VOCACION TORERA

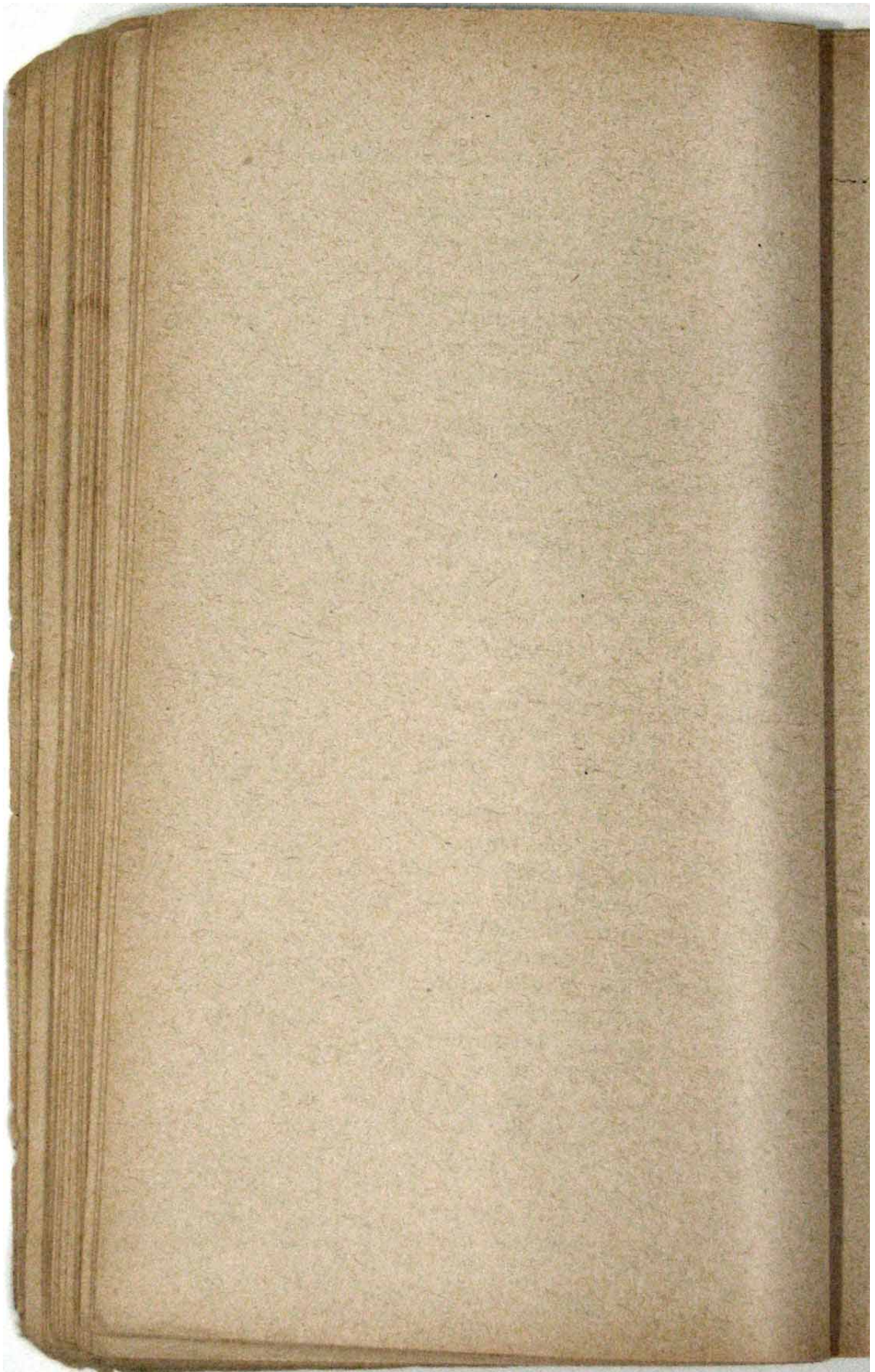
---

Vocacion de torero  
tiene cualquiera  
y yo tambien la tengo  
de esta manera:

A las tres de la tarde  
me vestiria  
con el traje que gasta  
la toreria;  
tan vistoso, tan rico,  
tan elegante,  
que produce un efecto  
muy deslumbrante.  
El capote en el hombro,  
con buena traza,  
iria en coche abierto  
para la plaza,

recibiendo bastantes  
satisfacciones  
al ver como la gente  
de los balcones  
demostraba al mirarme  
placer profundo;  
¡como si yo viniera  
del otro mundo!  
En los patios, y en tanto  
que la hora era,  
la muchedumbre iria  
donde yo fuera,  
cerrándome el camino  
con soberano  
afan de verme y darme  
todos la mano.  
Al hacer las señales  
el presidente,  
formadas las cuadrillas,  
de ellas al frente,  
cruzaria la plaza  
dando el paseo,  
con un dulce y gracioso  
recontoneo.  
Cambiaría el capote  
tras el saludo,  
y al cojer el de brega  
le haria un nudo,  
segun hacen los diestros  
constantemente  
por sujetar el trapo  
más facilmente.  
Tomaria las cañas  
de manzanilla

que me ofreciera alguna  
gente sencilla  
y me pondría luego  
frente á la puerta  
del toril, esperando  
verla ya abierta.  
Y al encontrarse todo  
dispuesto así,  
al tocar los clarines  
taratati.. ,  
saltaría al tendido  
y entre la gente  
vería la corrida  
tranquilamente.



## A JUDAS

---

Judas, discípulo infiel  
de tu Divino Maestro,  
á quien, infame, vendiste  
solo por treinta dineros,  
señalando tu traicion  
con un hipócrita beso;  
tu inicua accion me subleva  
pues, como cristiano, tengo  
en lo profundo del alma  
religiosos sentimientos.

Mas, por el mismo motivo,  
de verdad te compadezco,  
porque, en castigo á tu culpa,  
estarás en el infierno  
quemándote en las calderas  
que tendrá Pedro Botero,  
ordenadas sagazmente  
y dispuestas con objeto

de que paguen los malvados  
todo lo malo que hicieron.

Te tengo lástima y no  
vengo con airado acento  
á insultarte duramente  
por tu proceder perverso,  
ni á decirte á voz en grito  
las verdades del barquero.

Comprendo que lo que hiciste  
estuvo mal, muy mal hecho;  
pero recuerdo tambien  
que poco después de hacerlo  
sentistes en tu conciencia  
agudos remordimientos,  
fuiste á un sitio solitario,  
te echaste un cordel al cuello  
y de un árbol te colgaste  
con espíritu resuelto...

Perdóname, pobre Judas,  
si hoy evoco este recuerdo  
con el cual, yo te lo juro,  
martirizarte no intento,  
sino al contrario, lo hago  
por prodigarte un consuelo.

Tú cometiste un delito  
que, es verdad, fué muy horrendo,  
pero muy poco después  
de hacer lo que habias hecho  
ahorcándote demostraste  
algun arrepentimiento.

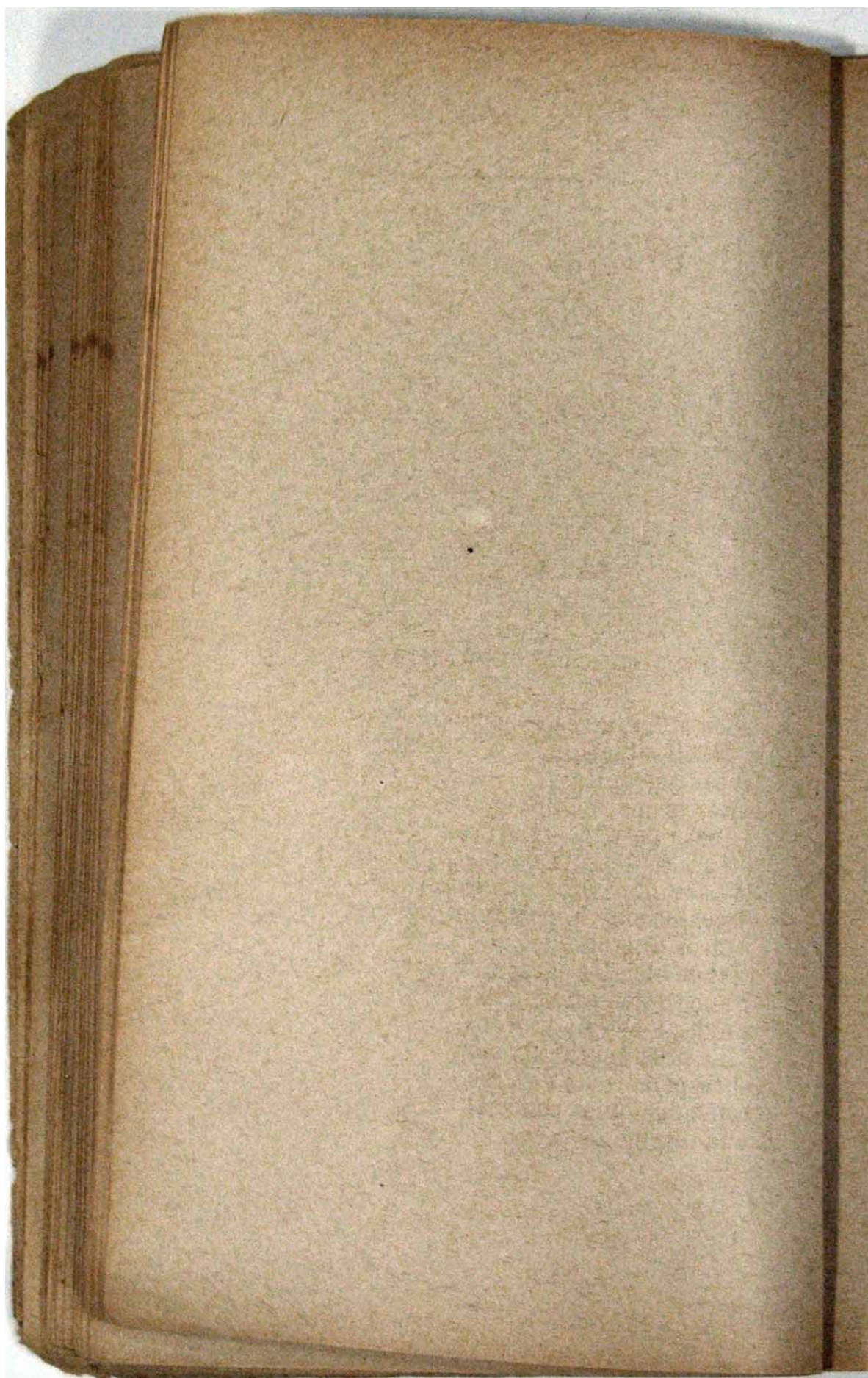
Mas... ¡apostol desgraciado!  
en los tiempos que corremos,  
los discípulos que tienes  
en este mísero suelo,



no están por seguir tu escuela  
ni por imitar tu ejemplo.

Los Judas que en nuestros días  
son un peligro perpétuo  
para las gentes honradas  
y para el hombre sincero,  
además de que á su prójimo  
venden por módico precio,  
no lloran después su falta,  
ni se les importa un bledo  
de los males y desdichas  
que á los demás produjeron;  
sino que tranquilamente  
y con ánimo sereno,  
antes que ellos resistir  
el más pequeño tormento  
son muy capaces de ahorcar  
al mismo que ya vendieron.

1801.



**ACTA**

—

(POR PROHIBICION DEL JUEGO)

Con el fin de resolver  
su difícil situación,  
las barajas anteayer  
tuvieron una reunión.

Todas las cartas llevaron  
allí sus representantes:  
de estos, unos pronunciaron  
discursos muy importantes,

otros dijeron que «sí»  
cuando bien les pareció,  
y hubo quien estuvo allí  
sin decir ni «sí» ni «no».

La presidió tan formal,  
el respetable As de Oros,  
como cualquier concejal  
una corrida de toros.

Al decir la presidencia:  
«queda abierta la sesion»  
notóse en la concurrencia  
general espectacion.

Presidente:—Voy á hablar  
porque me toca hacer punta  
y os debo manifestar  
el objeto de esta junta.

Hace ya algun tiempo que  
casi nos han suprimido:  
¿es esto justo? ¡no á fé!  
¿qué falta hemos cometido  
para que así se nos trate  
y se nos ponga en un brete,  
quitando ¡qué disparate!  
nuestro *monte* del tapete?

Qué ha llegado á presumir  
quien dió esa órden importuna...?  
¿es que vamos á vivir  
con la *brisca*, *treinta y una*,  
*el tute*, las *siete y media*  
y otros de ningun valor  
que no son mas que comedia?  
Pues se encuentra en un error.

Así, soy de parecer  
que una informacion se abra  
con el fin de conocer...

(Uno):—Pido la palabra  
para usar de ella enseguida.  
—Vaya unos modos ¡canastos!  
la tiene V. concedida.  
¿Quien la pide?

—El As de Bastos.

Compañeros: Decidido

vengo á atropellar por todo,  
 pues de todos es sabido  
 que obro siempre de buen modo.

Quiero de esos que allí veis  
 descubriros la falsía,  
 que sepais lo que debeis  
 á la augusta monarquía.

Ellos (señala á los reyes  
 que están allí congregados)  
 son los que dictan las leyes  
 que nos tienen postergados.

De nuestra atroz situacion  
 ellos son los responsables...

El Presidente:—¡Chiton!

El orador:—¡Miserables!

Varios reyes:—Protestamos...

Presidente:—A ver si cayan.

Los reyes:—Ya nos marchamos.

Muchas voces:—¡Que se vayan!

(El presidente impotente  
 ante tal atrocidad  
 para hacer que aquella gente  
 respete su autoridad;

quiere hacer valer sus fallos  
 pero, imposible ¡no callan!  
 se desbocan los caballos  
 y las sotas se desmayan;

todos tienen la voz ronca  
 de gritar con tanto brio,  
 en fin, que se arma una bronca  
 de padre y muy señor mio.)

(Terminado el incidente  
 el As de Oros aturdido

dice:)—La cuestion presente  
no es ya cuestion de partido;  
por lo tanto, debe haber  
entre todos gran union...

(As de Bastos:)—Mi deber  
es de hacer la oposicion  
al que proteja esa ley  
que á nuestra clase rebaja,  
por lo tanto, se vá el rey  
ó me voy de la baraja.

(El presidente:)—Atencion,  
que todo se arreglará;  
se somete á votacion,  
el As de Copas dirá.

(Las Copas:)—En este instante  
no escucho esos desatinos,  
las *copas* tienen bastante  
con la cuestion de los vinos.

—¿Y qué dicen las espadas?  
(El As de ellas:)—Solamente,  
que estamos desenvainadas  
para ponernos al frente  
de todos, y demostrar  
nuestro esfuerzo á donde llega;  
¡la baraja ha de probar  
que con ella *no se juega...*!

Así, en tonos diferentes,  
y tras mil interrupciones,  
fueron dando los presentes  
sus distintas opiniones,  
y como la discusion  
no saliera de este punto...  
¡se nombró una comision  
para que estudie el asunto!

¡NO HAY MAL...!

I

En la casa del más rico  
caballero del lugar,  
reinó solo hasta aquel día  
placer y felicidad.

Pero aquella niña hermosa,  
que era encanto del hogar,  
fué arrebatada á sus padres  
por terrible enfermedad.

A las sonrisas y besos,  
que no se oyen allí ya,  
los sollozos y los llantos  
vinieron á reemplazar.

La niña muerta en la caja  
vestida de blanco vá

y con las flores parece  
una santa del altar.

Los tristes padres contemplan  
su descolorida faz,  
que no tuvo en otro tiempo  
ni al mismo sol que envidiar.

Sus ojos grandes hundidos  
y sus labios de coral,  
que ni han de animarse nunca,  
ni han de entreabirse jamás.

Ya llegan hasta la puerta  
el cura y el sacristan;  
ya se llevan á la niña,  
porque la van á enterrar.

Los padres doblan su angustia  
ante la última fatal  
despedida de la niña  
á quien ya no verán más.

Y en el colmo del dolor  
llegan locos á esclamar:  
—Dios sus rigores extrema  
cuando esta pena nos dá.

## II

En la casa del más pobre  
trabajador del lugar,  
por el hambre y la miseria  
mal tiempo pasando están.



Los chicuelos no han comido,  
lloran, piden, sin cesar;  
y el padre no halla aquel día  
donde ganar su jornal.

Su situación miserable  
es para desesperar,  
aunque sostiene frecuente  
trato con la adversidad.

En esto hácia el camposanto  
vé aquel entierro pasar:  
de enterrador hace oficios  
y lijero acude allá.

Le mandan que cave el hueco  
de la fosa sepulcral  
y dejan allí á la niña  
para que descanse en paz.

Al pobre por su trabajo,  
casi obra de caridad,  
los parientes de la muerta  
buena limosna le dan.

Y contento va á su casa  
diciendo á todos:—Mirad,  
Dios es bueno y no se olvida  
de los que no tienen pan.

llora su infelicidad,  
la familia hambrienta come  
y gracias á Dios le dá.

A LAGARTIJO  
AL CORTARSE LA COLETA

---

ODA (SI SEÑOR, ODA)

Pájaros de la selva... justo, umbría,  
que pasáis gorjeando todo el día,  
cesad en vuestro canto  
y derramad en vez de esa alegría  
un copioso raudal de amargo llanto.  
Arroyuelos que vais, murmuradores  
saltando por los prados y los valles,  
no os pareis en detalles,  
ni á dar riego benéfico á las flores;  
en vez de murmurar,  
ahora vuestro deber será llorar.  
Auras que embalsamais todo el ambiente,  
y haceis que nuestro olfato  
se recree disfrutándoos, un buen rato,  
nos es indiferente  
que nos traigais esencias deliciosas

con perfumes de nardos y de rosas,  
 ó que vengais cargadas  
 de aromas mucho menos delicadas.  
 Olas del mar y peñas de los montes,  
 entrañas de la tierra, astros del cielo,  
 negros abismos, claros horizontes...  
 ¡ya no queda consuelo!  
 ¡ya podeis expresar vuestro quebranto  
 del modo que tengais por conveniente!  
 yo he de manifestarlo con mi llanto,  
 como toda persona que es decente.  
 (La introduccion, juzgada en general,  
 me parece que no ha salido mal).

¿Ese eco, ese rumor, esa atronante  
 salva de aclamaciones, que resuena  
 por toda la nacion en este instante  
 quién lo produce?

Un pueblo delirante  
 á quien una desgracia horrible apena.  
 Es la España valiente  
 que rábia ya desesperadamente  
 viendo abierta una tumba  
 á su gloria más rica y esplendente.  
 Es una institucion que se derrumba.  
 Rafael, nunca humillado ni vencido,  
 cortarse la coleta ha decidido.  
 El instante supremo por fin llega  
 y el maestro va á su hogar  
 tranquila y buenamente á descansar  
 de la vida azarosa de la brega.  
 Hay que acatarlo así porque él lo quiere;  
 se marcha de la lid con su trofeo  
 y para el mundo muere

el arte verdadero del toreo.  
(Qué tal, qué tal lector, no te acomoda?  
Hasta ahora vá esto bien: es una oda.)

¡Lagartijo! Su nombre solo, encierra  
un poema sin fin de heroicidades  
que pregoná muy alto las bondades  
de la gente nacida en esta tierra.  
Su nombre lo pronuncian y *bendicen*  
los españoles con afán sincero...  
(si hay tres ó cuatro, al fin, que no lo dicen  
eso no importa nada, total cero).  
¿Quién le vió torear sín que despues  
diera un «¡Viva el maestro cordobés!»  
¿Quién no le ha visto dar *largas* á un toro  
con más inteligencia y más decoro  
que cualquier escribano  
usa para dar *largas* á un asunto...?  
(en llegando á este punto  
no sé que digo, se me vá la mano.)  
¿Pues y poniendo un par de banderillas  
con la elegancia, la finura, el arte  
y otra porción, sin fin, de maravillas  
que no se han visto nunca en otra parte.  
Si hasta parece que la fiera honrada  
le dice, irguiendo noble la cabeza:  
«Llegue usted con franqueza  
y no tema usted nada;  
viniendo de sus manos  
ya sabe usted muy bien que no me asusto:  
¡olé por los toreros veteranos!  
sino me hace usted daño... ¡me dá gusto!»]  
¿Pues y cuando pasando de manera  
lucida y magistral, cuadra á la fiera,

lia el percal haciendo mil primores  
y dice «Vaya por ustés, señores,»  
tirando decidido la montera..?  
Ese momento, ese  
es magnífico y bello y admirable,  
y pese á quien le pese,  
es de una seriedad incomparable.  
En él, el pueblo, loco de alegría  
aplaude ya á rabiarse fuera de tino,  
produciendo atronante algarabía:  
toma una borrachera de alegría  
y si encuentra ocasion, otra de vino.

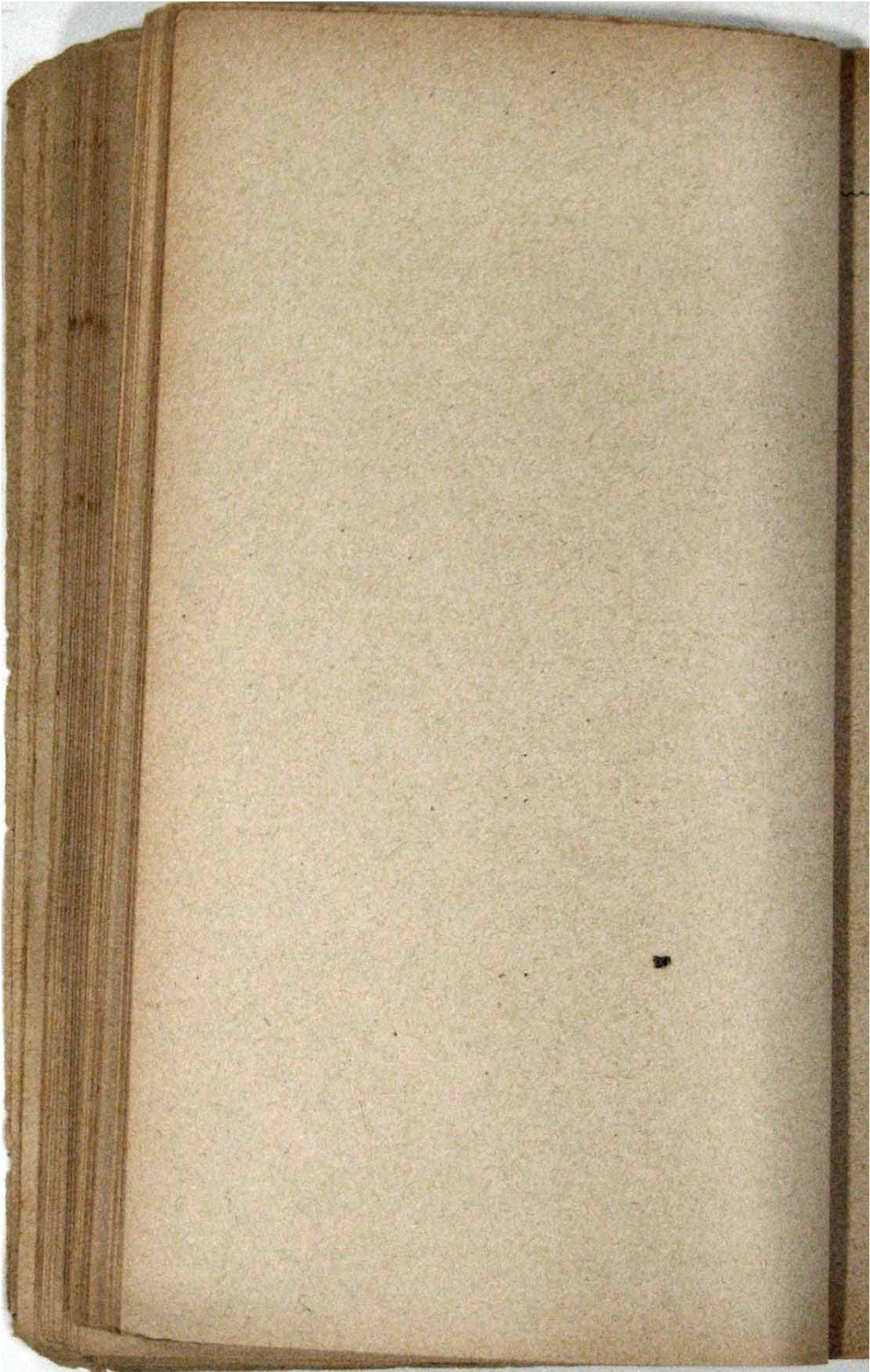
¡Adios, héroe inmortal, coloso, atleta,  
y artista... sí señor, muy eminente!:  
antes con trenza y ahora sin coleta  
todo el mundo te admira reverente.  
Yo te ofrezco esta pobre cancioncilla  
que reflejando está mi inmenso duelo;  
hincó con fuerza el suelo en la rodilla,  
que diga, la rodilla hincó en el suelo  
y brindo á tu salud con manzanilla.  
¡Adios, gran Rafael! Siento muchísimo  
esta separacion tan dolorosa,  
pero ¡cómo ha de ser! Tuyo afectísimo  
servidor, que te besa cualquier cosa.

R I M A

---

—¡El cielo está muy alto! —yo pensaba  
al mirar el azul del firmamento  
y figurarme que tras él se esconde,  
la mansion eternal del bien supremo.

Mas desde que eres tú, mujer amada,  
mi dicha y mi consuelo,  
el alma se me llena de alegría  
cuando asomada á tu balcon te veo,  
y digo:—No es verdad lo que pensaba:  
¡no está tan alto el cielo!





AL PUENTE DE MURCIA

---

Puente que firme y seguro  
desde un muro al otro muro  
que contienen al Segura,  
la simpática figura  
alzas de tu cuerpo duro.

Que acojas con gusto espero  
lo que mi acento sincero  
pueda dedicarte aquí,  
porque ocultarte no quiero  
que tengo afecto hacia tí.

No por la preclara gloria  
que con tu brillante historia  
has sabido conquistar;  
por más que es muy meritoria  
y muy digna de estimar;



No por la larga existencia  
que ofreciendo resistencia  
contra los males que fragua  
ese río, con paciencia  
estás viendo correr agua.

Sino por el beneficio  
y el señalado servicio  
que haces á la poblacion,  
dándole vida y bullicio  
y siendo lazo de union.

Si en el barrio ó la ciudad  
reina una felicidad  
ó grave mal les asedia  
de Murcia la una mitad  
enlaza con la otra media.

Y junta toda la gente,  
lo mismo que hermanos buenos  
á una se goza y se siente:  
y el placer es más ferviente,  
y el pesar nos toca á menos.

No está así la poblacion  
sujeta á la division  
de la ancha líquida franja:  
y el barrio y la ciudad son  
cada uno media naranja.

Que ván recíprocamente  
buscándose para unirse,  
como el soltero impaciente  
á la mujer por quien siente

lo que no puede decirse.

En opuesta direccion  
lanzas, puente, sin ceder,  
la gente á la poblacion,  
semejante al corazon  
que le dá la vida á un ser.

Y hasta parece que siente  
tu fábrica pulsaciones  
de sangre, con esa hirviente  
cascada de borbotones  
que en tí forma la corriente...

Yo te admiro, puente amigo,  
último y primer testigo  
de la impresion que tendrá  
el murciano que se vá,  
y el que vuelve al pátrio abrigo.

Yo, celoso de tu suerte,  
siento grande gozo al verte  
en las fiestas más rumbosas,  
dando sin estremecerte  
paso á las chicas hermosas.

Que por sencillas y apuestas  
son la gala de las fiestas  
dellado de acá y de allá,  
sin poderse decir:—«Estas  
se llevan el premio»—¡cá!

No sé cómo contener  
puedes, puente, tu albedrío

al cruzar tanta mujer...  
¡sólo será por tener  
los cimientos en el río!

Lo que apreciarás mejor  
que si marcial te cruzara  
ejército vencedor,  
es el placer y el honor  
de ver tanta hermosa cara.

Porque al subir hacia tí  
alguna muchacha, ví  
que sin temor ni sonrojo  
ni recatarte de mí,  
le estabas guiñando un ojo.

---

## EL CAFETERO

---

Trasluciéndose en las nieblas  
tan húmedas de Diciembre,  
con los contornos borrosos,  
porque sus líneas se pierden  
entre el velo de la lluvia  
y el airecillo imprudente  
que azota todos los rostros  
con los chispazos de nieve  
que recoge en las montañas  
de blancura reluciente;  
recorriendo la ciudad  
á toda prisa, aparece  
el cafetero ambulante  
que arrostrando de su suerte  
la desgracia, y los rigores  
de la estación inclemente,  
vá por calles y por plazas  
anunciando lo que vende

con este grito pausado:  
«¡el café...! ¡café caliente!»

En el cuello una bufanda  
que en varias vueltas lo envuelven,  
una gorra en la cabeza  
que ajustada se encasquete,  
y sin otra precaucion  
ya está nuestro hombre corriente  
y dispuesto para todo  
lo que á su oficio concierne.  
La redonda cafetera  
de uno de sus brazos pende,  
llevando abajo las brasas  
rojizas y relucientes  
que por cien agujerillos  
despiden reflejos ténues,  
y que tienen el encargo  
de que el café no se hiele,  
para que al abrir el grifo  
dorado, se escape hirviente  
y abrase puesto en la taza  
la loza de sus paredes.  
En la otra mano el vasar  
sujeta con pulso fuerte.  
Allí van media docena  
de tazas, lo suficiente  
para servir la parroquia  
que el buen cafetero tiene,  
y completando el convoy,  
la botella de aguardiente  
sin etiquetas, ni marcas,  
ni precintos, ni membretes,  
que aunque humildes estas gotas

con este grito pausado:  
«¡el café...! ¡café caliente!»

En el cuello una bufanda  
que en varias vueltas lo envuelven,  
una gorra en la cabeza  
que ajustada se encasquete,  
y sin otra precaucion  
ya está nuestro hombre corriente  
y dispuesto para todo  
lo que á su oficio concierne.  
La redonda cafetera  
de uno de sus brazos pende,  
llevando abajo las brasas  
rojizas y relucientes  
que por cien agujerillos  
despiden reflejos ténues,  
y que tienen el encargo  
de que el café no se hiele,  
para que al abrir el grifo  
dorado, se escape hirviente  
y abra se puesto en la taza  
la loza de sus paredes.  
En la otra mano el vasar  
sujeta con pulso fuerte.  
Allí van media docena  
de tazas, lo suficiente  
para servir la parroquia  
que el buen cafetero tiene,  
y completando el convoy,  
la botella de aguardiente  
sin etiquetas, ni marcas,  
ni precintos, ni membretes,  
que aunque humildes estas gotas

son honradas y no mienten;  
y el farolillo encendido,  
que va anunciando á la gente:  
«A perra chica café  
superior... aquí se vende»,  
y que como experto guía  
listo y avisado, siempre  
delante del vendedor  
su luz temblorosa extiende.

Cuando de la noche triste  
las primeras sombras vienen,  
el cafetero su marcha  
tan larga y penosa emprende,  
cruzando por las callejas  
animado y diligente,  
repitiendo trecho á trecho  
el cantuseo perenne  
y con el farol dejando  
un rastro fosforescente,  
en la atmósfera espesada  
por el húmedo relente.  
Algunas veces el pobre  
cafetero se detiene  
y deja en el puro suelo  
sus comerciales enseres.  
Es que llega un parroquiano,  
que dando diente con diente,  
las manos en los bolsillos,  
y echando á cada soplete  
del aliento, bocanadas  
de un humillo trasparente,  
pide café con objeto  
de que al tomarlo le entre

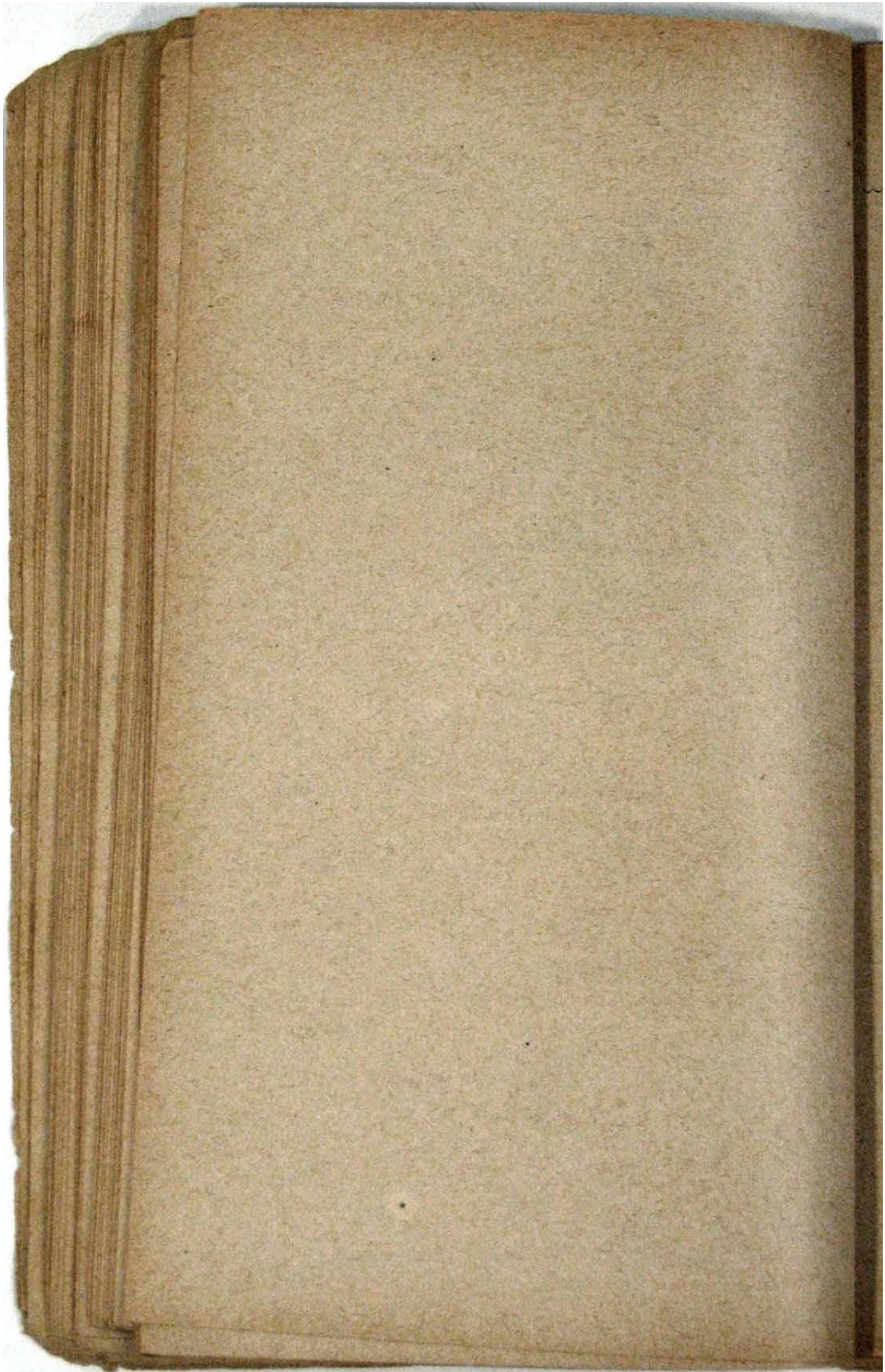


en el cuerpo un calorcillo  
que le avive y atempere.  
El cafetero la taza  
llena del liquido ofrece  
y el parroquiano la toma,  
prueba, sopla, paga y bebe.  
Después vuelta á andar y hacer  
con otro lo que con este,  
cruzar plazas, dar mas voces,  
y así sucesivamente.

Luego allá en la madrugada,  
antes que el día amanece,  
incansable el cafetero  
de nuevo á la calle vuelve,  
y el trabajador honrado  
cuyo cuerpo se entumece  
tiritando por el frio,  
que sin piedad le acomete,  
y que amorata la carne  
y que allá en los huesos duele,  
le dá el trago de café  
con gotas correspondientes,  
y aquel hombre ya siquiera  
frotarse las manos puede  
y subirse hasta el andamio,  
ó llegarse á los talleres,  
y cojer las herramientas  
con mano segura y fuerte.

El café que á perro chico  
el buen cafetero vende  
no podrá ser puro Moka,  
mas casi todas las veces

es por el bien que reparte  
mejor ó tan excelente,  
El que de él toma, lo toma  
puesto de pié á la intemperie,  
sin tener para sentarse  
divanes de esos de muelles,  
pero cuando el pobre obrero,  
aun sin esos pelendengues,  
siente dentro del estómago  
el bienhechor rescoldete,  
se pone el hombre estirado  
y dice con cara alegre:  
—«No sé yo despues de esto,  
por mucho que el frio apriete,  
para que me serviría  
tener un gaban de pieles.»



MEÑOS TUS OJOS



SONETO

Deja que mi alma diga con franqueza  
cuales las gracias son que más adora  
de entre todas las gracias que atesora  
tu incomparable y singular belleza.

Me admira la elegante gentileza  
de tu linda figura seductora,  
tu sonrisa, tu cara encantadora,  
las trenzas de tu artística cabeza.

Todo, cuerpo, sonrisa cara, rizos...  
me hace olvidar, al verte, mis enojos:  
todo me encanta, sí... ¡menos tus ojos!

No hallo en ellos tan mágicos hechizos,  
porque tus ojos ¡ay! más me gustaran  
si en vez de no mirarme, me miráran.

## OBRAS DE REPERTORIO

—  
Mi negra suerte maldigo  
por tener una vecina  
que si toca es un castigo  
y si canta desafina.

Dudo que en el mundo haya  
quien como á mí guste el arte,  
pero ¡cielos! que se vaya  
con la música á otra parte,  
porque ni siendo muy santo  
se puede resistir, nó,  
ni eso es música, ni canto,  
ni Cristo que lo fundó.

Concurre en la *pobre chica*  
la circunstancia agravante  
de que con furor se aplica  
de una manera alarmante.

Quiere saber al momento  
tocar piezas imposibles

y arrancan al instrumento  
sus manos, notas horribles.

Puede sonar el piano  
menos discorde, tal vez,  
tocando con una mano  
(ó dos manos) de almirez;  
pues son tantas sus torpezas  
como su afán es eterno:  
¡Ah, como toca las piezas  
del repertorio moderno!

Y además, ¡cómo las canta!  
con más precisión y fé  
que al tener en su garganta  
«Dos Canarios de Café.»

¡Qué extrañas entonaciones  
con música y á voz sola!  
¡Qué *ayes* y qué canciones!  
Ni «La Cancion de la Lola.»

Vamos, es una escepcion  
en esto de hacerlo mal  
y merece un galardón  
en «Certámen Nacional».

De su furia á nadie salva  
y oyéndole «La gran vía»,  
hasta «El Lucero del Alba»  
ha roto «El plato del día».

Cuando le dió por tocar  
el vals de «Chateau Margaux»  
tanto llegó á marear  
que casi me emborrachó.

Su terquedad manifiesta  
no perdona ni los ratos  
en que el calor de la siesta  
nos advierte: «Al agua patos».

Así es, que se llama á escama  
ya toda la vecindad  
y desesperada exclama:

«¡Como está la sociedad!»

Oyen «Los Zangolotinos»,  
de «La Diva» los clamores  
y sus acentos divinos  
oyen «Los Trasnochadores»;

llevándolos de improviso,  
con el oído en un *trís*,  
«De Getafe al Paraiso»  
y «De Madrid á París».

Se disipa una tormenta  
y cesan las fuertes aguas  
si solo cantar intenta  
el «duo de los paraguas».

Un sujeto se «voló»  
y la dijo peregrinas  
ocurrencias, porque oyó  
el «vals de las golondrinas».

Y (sin consonante en ásica)  
ha dicho más de un vecino  
que con su «Música Clásica»  
nos vá á «Torear por lo fino».

Vamos, que si se cumplieran  
nuestras maldiciones juntas  
de fijo que la corrieran  
dos ó tres «Toros de puntas.»

Pues por tanto desatino  
bien necesita á mi ver  
que algun «Alcalde interino»  
la mande con «Lucifer».

Dice de esta aficionada  
mi vecino D. Anselmo



que merece ser quemada  
en «El Fuego de San Telmo»...

Yó, si tanto llevo hablado  
en su contra y desprestigio  
es porque se me ha llenado  
de guijas «El gorro frigio»;  
y no quiero más cuartetos,  
ni polkas, ni peteneras,  
ni más tangos, ni tercetos  
de «ratas» y «cigarreras».

Aburrido en este día,  
por ver si el cielo me ayuda,  
sin faltas de «Ortografía»  
digo «La verdad desnuda»;  
y aquí para entre los dos,  
porque termine tal fiesta,  
tengo que ofrecer á Dios  
una «Misa á gran orquesta».

LA GUITARRA DEL SOLDADO

---

Apagado el estruendo  
de la batalla,  
al mandar las cornetas  
—«¡alto la marcha!»  
los pobres quintos  
se juntan amigables  
en cien corrillos.

Sin pensar en la horrible  
lucha pasada,  
ni temer á los riesgos  
que les aguardan,  
buscan descanso,  
alzan la bota al aire  
y echan un trago.

Lo que fué... ya lo ha sido:  
toques de ataque,

tiros, lamentos, r bia  
y unos cadáveres  
que no tuvieron  
ni el abrigo sagrado  
del cementerio.

Lo que vendrá... lo aguardan  
ellos conformes  
y sin mostrar cobardes  
preocupaciones:  
la f  jurada  
solo inspira esta idea:  
—« viva la patria!»

En el bullir vistoso  
del campamento,  
muchos de broma y charla  
pasan el tiempo,  
y alguno   solas  
releyendo la dulce  
carta amorosa.

Pero entre todos ellos  
la vista mira  
un joven soldadillo,  
que en su mochila  
muy bien sentado,  
sostiene una guitarra  
con un abrazo.

Para templar las cuerdas  
cuatro rasgueos  
forman corro de oyentes  
para el concierto,

y, tembladoras,  
en el espacio triste  
vibran las notas.

Y finge la armonía  
que lleva el aire,  
en misterioso y tierno  
grato lenguaje,  
que la guitarra  
dice así, con sus jotas  
y sus parrandas:

—«Canta, pobre soldado,  
deja en mis cuerdas,  
los ecos de tus dichas  
y de tus penas,  
que en mi tañido  
si estás tú triste, lloro,  
si alegre, rio.

Sujeta entre tus manos  
que me agasajan  
cuando del fusil sueltan  
la odiosa carga,  
vamos á hablarnos  
igual que inseparables  
buenos hermanos.

Háblame de la guerra,  
de tus hazañas,  
de la ausencia penosa,  
de tu esperanza,  
de la alegría  
de aquellos venturosos

pasados días.

En confusión mis notas  
saca en tus dedos,  
hazlas sonar á golpes,  
á ver si el viento  
corre y las lleva  
á la blanca casita  
de aquella aldea.

Allí, donde tu madre  
no seca el llanto  
que, al oprimir su pecho  
con un abrazo,  
salir hiciste  
del corazón, sus ojos  
dejando tristes.

Y allí, donde la reina  
de tus amores,  
adormida en su lecho  
sueña de noche  
que en su ventana  
como otras veces toco  
yo... ¡tu guitarra!

¿Te acuerdas...? Ella esquivó  
de tus anhelos  
vencieron sus reparos  
y sus desprecios  
las serenatas  
en que yo tu cariño  
fiel le contaba.

Despues con alborozo  
siempre me oia,  
se mostró á mis oficios  
agradecida  
y con sus manos  
me colocó en el mástil  
un rojo lazo.

¡Lazo rojo...! ¡Querida  
prenda amorosa,  
que allí eran sus reflejos  
como de aurora  
y aquí al mirarle  
es el color que muestra  
color de sangre...!

Mas, toca, toca fuerte,  
fiel compañero,  
alejemos terribles  
presentimientos,  
toca con aire,  
igual que acompañabas  
aquellos bailes,

que de mozas y mozos  
varias parejas,  
entre el repiqueteo  
de castañuelas  
cantos y palmas,  
hacian á la sombra  
de verde parra.

Haz que saquen los hilos  
de mis bordones

los sonidos que hiciste  
dieran entonces,  
cuando á deshora  
con un grupo de mozos  
ibas de ronda.

Tambien ahora otros mozos  
aquellas sendas  
cruzarán á los sonos  
de sus vihuelas;  
mas su ventana  
estará siempre sola,  
triste y cerrada.

Ella, tras de los hierros,  
oirá que cruza  
de largo por la puerta  
la alegre turba,  
y acongojada  
mandará un pensamiento  
que diga á tu alma:

—«Vida de este ser mio  
que por tí alienta,  
vuelve á cantarme amores  
junto á mi reja,  
que sin tu arrullo  
infierno en vez de gloria  
tengo en el mundo.

Mi gloria era mirarte  
viendo en tus ojos,  
dulces y apasionados,  
aquel «te adoro»

que ya no siento  
aunque tú me lo mandes  
desde allá lejos...»

Pero, soldado amigo,  
noto con pena  
que mi música apagas,  
y por mis cuerdas  
ruedan tus lágrimas  
como notas brillantes  
por un pentágono.

Basta, pues, de recuerdos  
y de tristezas,  
toca, toca bien fuerte  
la malagueña,  
y alegre canta  
y goza como gozan  
tus camaradas.

Y piensa que muy pronto  
ya no habrá guerra,  
y que juntos veremos  
aquella reja,  
y aquellos huertos,  
y el hogar y la torre  
de nuestro pueblo.

¡Las cornetas...! En marcha:  
sola me dejas;  
cuélgate á la cintura  
la cartuchera,  
vuelve á las filas,  
que aquí tu abrazo espero



cual fiel amiga.

¡Adios...! y ánimo fuerte,  
pulso sereno,  
á ver como diriges  
la bala al pecho  
del enemigo,  
que es fatal, pero un triste  
deber lo quiso.

¡A formar...! ¡Y si mueres  
en la pelea,  
haga Dios que ese duelo  
todas mis cuerdas  
ponga tirantes,  
y rota en mil pedazos  
mi caja estalle!»—

---

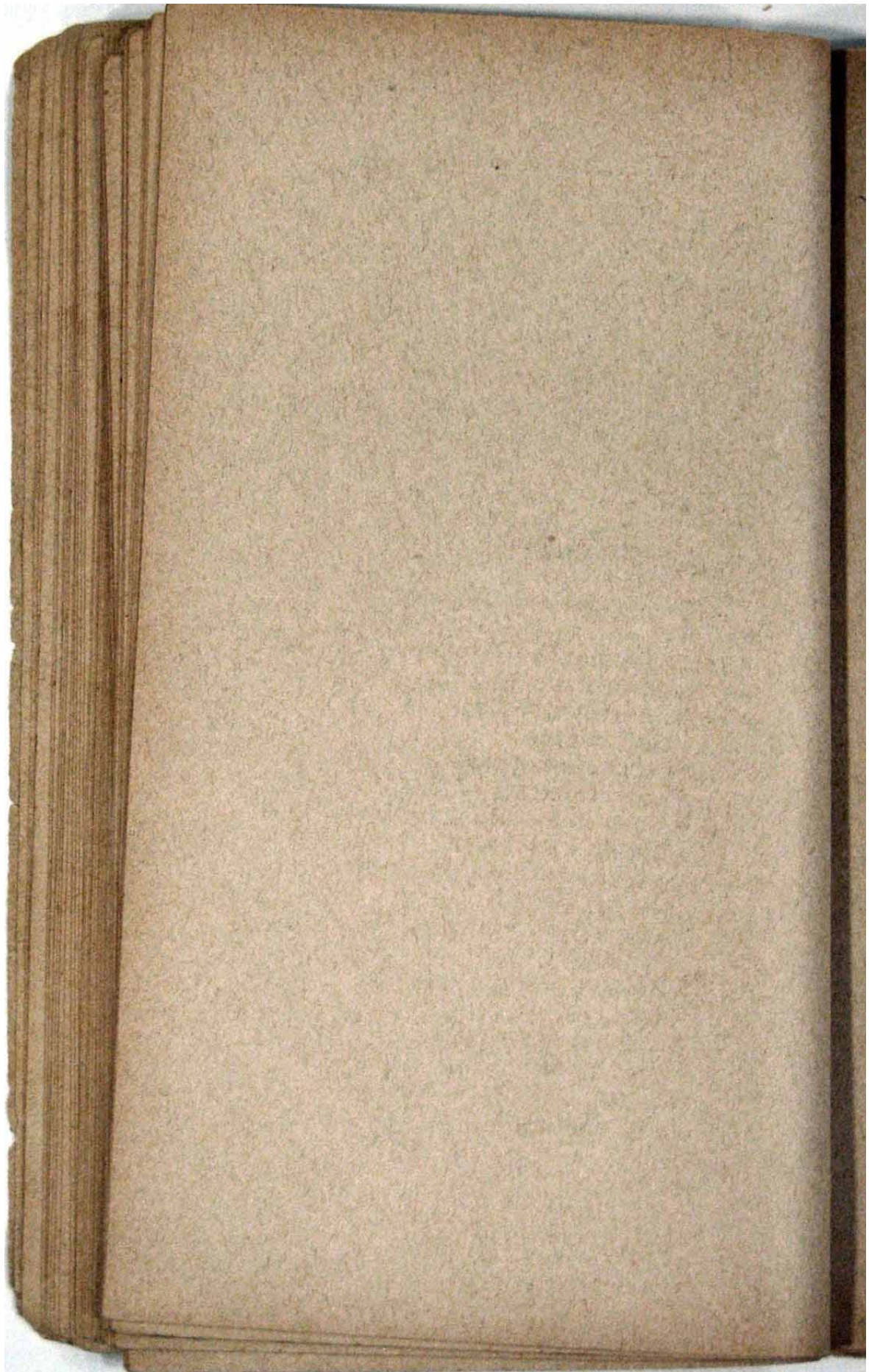
## LEYENDA FEUDAL

---

Junto á la arenosa playa  
y sobre un monton de riscos,  
demostrando con orgullo  
sú indomable poderío,  
se alza la mole gigante  
del señorial castillo.  
En los huecos de sus torres  
retumba el viento con brío  
y hasta su mismo pié tocan  
las ondas del mar tranquilo.  
Por las pintadas vidrieras  
penetra del sol el brillo  
y llena de luz los anchos  
viejos muros carcomidos.  
Un férreo puente protege  
el misterioso recinto  
donde nadie pensó osado,  
ni valeroso, ni altivo,

poner un pié en los umbrales  
sin antes pedir permiso.  
¿Que á quién sirve esta morada  
de proteccion y de asilo...?  
Pues al feudal caballero  
Don Nuño Nuñez de Iñigo,  
que si por el nombre es noble  
noble es por el apellido.  
De cuerpo robusto y ágil  
y de génio áspero y vivo  
es don Nuño, á quien respetan  
los aldeanos del cortijo  
nombrándole gorra en mano  
y apellidándole *invicto*  
(verdad que nunca meterse  
en berengenas quiso.)  
Delante de él están todos  
obedientes y sumisos:  
casi no dán pié con bola  
por querer á un tiempo mismo  
adivinarle los gustos,  
y cumplirle sus caprichos;  
que al verle de mal talante  
y con las armas al cinto  
aunque están en su presencia  
es con el alma en un hilo,  
porque no queda uno solo  
sin estocada ni chirlo  
como desnude el estoque  
y comience á dar de filo.  
Tal es el carácter raro  
de don Nuño Nuñez Iñigo,  
brusco con los caballeros  
pero con las damas fino.

Comparte gustoso el mando  
de su extenso poderío  
con la bella doña Láura  
á quien adora rendido.  
Tienen ambos una corte  
de dueñas y pajecillos,  
y á los dos ofrecen todos  
como esclavos sus servicios.  
Y ahora que ya toscamente  
la situacion he descrito  
de este feliz caballero  
en cuna hidalga nacido,  
querrán ustedes saber  
que es lo que hace en el castillo.  
Pues lo que hace, simplemente,  
es lo que ya llevo dicho:  
festejar á doña Láura,  
ser dueño de sus hechizos,  
ser terror de aquellas gentes,  
estar siempre muy tranquilo  
y darse alegre una vida  
de padre y muy señor mio.



¡GASTAÑAS...!

---

Cuando el mes de Noviembre  
llega en el año,  
con su carácter hosco,  
triste y huraño;  
y el son de las campanas  
con sus conciertos  
los recuerdos evoca  
de nuestros muertos;  
cuando es larga la noche  
y es triste el día  
y el cielo no derrama  
luz y alegría;  
cuando se viste toda  
Naturaleza  
del color amarillo  
de la tristeza;  
cuando en la tierra vemos  
las plantas flojas,

sin flores y sin frutos  
y hasta sin hojas;  
por una coincidencia  
bastante extraña  
da comienzo el reinado  
de la castaña.

En la plaza ó la esquina,  
no demostrando  
temor al pelacañas  
que vá soplando;  
con un invariable  
gusto sencillo  
arman las castañeras  
su tingladillo.

En la mesa colocan  
bien abrigadas  
las castañas negruzcas  
que están asadas  
y en la perola vieja  
con agujeros  
por donde el fuego cuela  
sus cien flameros,  
en porciones las crudas,  
van arrojando  
y aquel pequeño infierno  
las va tostando.

Los ratos que descansan  
de hacer todo esto,  
sentadas en su silla  
cuidan del puesto,  
y muy arrebuñadas,  
con gran porfía  
van ensalzando á todos

su mercancía,  
con esta voz que sale  
de sus gargantas:  
«Castañas... calenticas...  
¡qué buenas..! ¡cuántas...?»

El mes es de piadoso  
triste tributo,  
por eso la castaña  
viste de luto,  
al sufrir el martirio  
con que la inmola  
la castañera dentro  
de la perola,  
y dorando sus gajos  
amarillentos  
comparte con nosotros  
sus sentimientos,  
y al parecer nos dice:  
— «Tuya es mi suerte,  
estaremos unidos  
hasta en la muerte.»  
Porque mientras vivimos,  
cosa es sabida,  
que «la castaña» al hombre  
va siempre unida.

\* \* \*

Y por si acaso ustedes  
no creen en tanto,  
ahora mismo he de darles  
la prueba al canto.  
El político insigne  
que habla y se agita



y en defensa de un «credo»  
se despepita,  
pretestando que afanes  
tan soberanos  
son en bien de sus pobres  
conciudadanos  
y no por ir viviendo  
feliz y en ócio  
procurando ante todo  
por su negocio;  
la jamona pasada  
de los cuarenta  
que todos los recursos  
del arte intenta  
para mostrar un rostro  
favorecido  
que no debe quedarse  
sin un marido;  
el maleta que tiene  
mucho canguelo  
y que dice que sabe  
más que Frascuelo,  
por si se gana alguna  
nueva contrata  
y con ella un puñado  
grande de plata;  
el curial que en la Audiencia  
y ante el jurado  
hace pasar al pillo  
por hombre honrado;  
el que muy elegante  
se nos presenta  
y en cada sastrería  
debe una cuenta;

el cantante muy malo  
que cuando canta  
finge que está indispuerto  
de la garganta;  
el novio que una dote  
va persiguiendo  
y dice que de amores  
se está muriendo;  
el que tiene una tienda  
de ultramarinos  
y «finge» comestibles  
y agua los vinos;  
el que escribe zarzuelas  
y el argumento  
le roba á otros autores  
de más talento;  
el que pone en las suelas  
de los zapatos  
carton, y no por eso  
los dá baratos;  
el comerciante listo  
sin repugnancia  
para sacar de todo  
triple ganancia;  
que nada á su elocuencia  
se le resiste,  
diciendo:—«esto es ahora  
lo que más viste...»;  
todos estos y muchos  
que ya no cito  
pues llega á ser el número  
casi infinito,  
todos con más ó menos  
saber y maña

quieren solo una cosa:  
¡dar la castaña!



En cuanto pase el triste  
mes de los muertos  
cesarán las campanas  
en sus conciertos,  
vendrán las noches bellas  
con su poesía,  
brillarán en el cielo  
luz y alegría,  
soltará de sus hombros  
Naturaleza  
el manto amarillento  
de la tristeza,  
y no habrá en las esquinas  
ese sencillo  
puesto de la perola  
y el tingladillo.  
Mas quedará imperando  
la ley extraña  
que ostenta por divisa  
«dar la castaña»;  
y como hoy seguiremos  
aquí las gentes  
diciéndonos al paso:  
«¿cuántas, calientes...?»

—

## LAS FEAS Y LAS BONITAS

Disertacion razonada  
ò descriptiva memoria,  
perfectamente ajustada  
à la verdad de la historia.

EDAD ANTIGUA  
(MUY ANTIGUA)

El primer hombre fué Adán,  
la primera mujer Eva...  
(no me contradecirán  
al decir verdad tan nueva.)  
Dios le sacó al hombre un hueso  
para formar la mujer,  
demostrándole con eso  
que desde antes de nacer  
era un ser impertinente  
su compañera querida;

la que clavó luego el diente  
en la fruta prohibida.

Fruta que se atragantó  
á nuestra madre comun  
y que ni ustedes ni yo  
hemos digerido aún.

Pero vamos á la idea  
principal de estos renglones:  
¿Eva fué bonita ó fea?  
ahí ván mis apreciaciones:

Considerando, primero,  
que en aquella edad no había  
ni siquiera un lapicero,  
y que el hombre no sabía  
pintar ojos ni narices,  
sino estar en la floresta  
oyendo á las codornices  
que cantaban por la siesta;

conociendo que aunque yá  
Adan fuera un gran pintor,  
á su mujer ¡claro está!  
siempre le haria favor;

y en vista de que no hay dato  
que nos haga comprender  
cómo seria el retrato  
de la primera mujer;

en mi opinion deberemos  
juzgarla por lo que hizo;  
y, en verdad, encontraremos  
en ella muy poco hechizo,

pues por su afán de comer  
de lo que se le vedó  
echó este mundo á perder  
y á todos nos fastidió.

Cuando por darle un bocado  
á la manzana del mal,  
Dios la arrojó incomodado  
de aquel Eden terrenal,  
es prueba de que tendría  
Eva unos dientes feroces  
y que su boca sería  
de dimensiones atroces.

Porque si hubiera tenido  
lábios chicos y risueños  
y hubieran sus dientes sido  
muy blancos y muy pequeños,  
de exajerada beldad,  
un encanto, un embeleso...  
tengo la seguridad  
que Dios no hubiera hecho eso;  
sino que al oír pedir  
el perdón á aquellos lábios,  
sin poderse reprimir  
y olvidando sus agravios,  
el Señor desde su trono  
diría:—«¡Cómo ha de ser!  
Bueno, hermosa, te perdono  
y no lo vuelvas á hacer.»

En resumen: que no admito  
que Eva fuera muy bonita;  
sino—dándoseme un pito  
que cualquier otro lo admita—  
digo: que de la cuestión  
esa, llamada social,  
de la desnivelación  
del erario nacional,  
y del gran desquiciamiento  
que quiere llegar ahora,

ella es, y decirlo siento,  
la fatal iniciadora.

¿Y he de ser yo tan amable  
que defensor de ella sea,  
cuando ella sola es culpable  
de que esté la *cosa fea*?

#### EDAD MEDIA

• La cuestion hay que estudiarla  
en esta edad, sin remedio:  
¿Edad media? pues tratarla  
en un prudente y buen medio.

Pues al hablar de un ausente  
(y ellas no están por aquí)  
es cosa poco decente  
hablar así, porqu e sí;  
sin ver y sin comprender  
que al juzgar con lijereza,  
es muy fácil cometer  
cualquier sensible torpeza.

Por eso para eludir  
malas interpretaciones,  
deberemos de decir  
sin más averiguaciones,  
que las mujeres aquellas,  
(las de la citada edad)  
fueron la mitad muy bellas  
y feas la otra mitad.

Y con esta particion  
equitativa y prudente,  
resolvemos la cuestion  
tan maravillosamente.  
¡Ah!... pero haciendo constar

que las guapas que brillaron,  
debieron de disfrutar  
más de lo que disfrutaron.

¿Por qué?—Porque los varones  
que en aquella edad había  
no eran de las condiciones  
de los que existen hoy día.

Para ellas era un gustazo  
aplaudir á un hombretón  
porque dando un puñetazo  
quitaba un guarda-cantón;  
ó á caballeros en potros  
dando tajos y reveses...

¿pues si nos ven á nosotros  
con sombreros cordobeses,  
que los sabemos llevar  
de un modo tan distinguido,  
quién se puede figurar  
lo que hubiera sucedido?

Todas, feas y bonitas,  
se hubieran enamorado...  
Pero, en fin, ya... ¡Pobrecitas!  
¡Cuánto hubieran disfrutado!

A más de que muchas de ellas  
al vernos, en un momento,  
se hubieran vuelto más bellas  
que al serlo de nacimiento;  
pues tendrían tal placer  
viéndonos de ellas delante,  
que sin querer, sin querer,  
pondrían en su semblante  
más color y gracia y luz  
é irresistible alegría,  
que tiene el cielo andaluz



á la hora del mediodia.

EDAD MODERNA

(ESTA ES LA MIA)

Por fin, ya voy á tratar  
de la edad en que yo estoy;  
ahora me toca juzgar  
á las mujeres de hoy;  
y llamarles mentirosos  
á esos poetas tunantes,  
que se empeñan, afanosos,  
á fuerza de consonantes,  
en que todo el mundo crea  
que en los tiempos que corremos  
no existe la mujer fea  
porque no la merecemos;  
sino que ellas todas son  
de belleza inexplicable,  
de elegante perfeccion  
y de gracia incomparable.

Mire usted que la salida  
tiene más de tres bemoles...  
¡Todas son guapas ..! Por vida...  
¡Que no hay feas...! ¡Caracoles!

Ya se necesita estar  
loco, borracho y sin tino  
para creer y afirmar  
semejante desatino.

Tan fácil es la cuestión  
que no puede ser más clara  
porque solamente con  
tener ojos en la cara  
puede apreciarse que en *Ella*  
hay hermosura distinta;

que no es la mujer tan bella  
como ella misma se pinta;  
que si hay algunas preciosas  
que son de un ángel remedo,  
hay otras tan horrorosas  
que le dán un susto al miedo.

¿Por qué lo hemos de negar  
si es una verdad patente  
que no se puede ocultar  
de ningún modo á la gente?

¿A quién no le habrá ocurrido  
mirar á alguna mujer  
y estar luego arrepentido  
de haberla querido ver...?

Esto ocurre, sí señor,  
esto ocurre en nuestra edad  
y así apreciamos mejor  
la encantadora beldad  
de las que nos extasían  
por tener mérito propio,  
de las que—como dirían  
algunos—*nos dán el ópio.*

Para lo que falta ciencia  
y pericia, bien probadas,  
es para hallar con prudencia  
las bellas falsificadas.

Las que no siéndolo quieren  
aparentar que lo són;  
y muy tranquilas prefieren  
llevar *trampas y cartón,*  
antes que manifestar  
su persona tal cual és;  
para no desagradar  
á algun valiente y cortés

soltero despreocupado  
que las requiebra y las mima  
por solo haberlas mirado  
así por encima, encima.

Si señor, es muy posible  
usar bien el arrebol,  
y hacer de una cara horrible  
una cara como un sol.

Ojo, jóvenes que aún  
estais en la soltería,  
con no llevaros algún  
estante de droguería,  
en vez de alguna mujer  
de positiva hermosura  
que os dé muy poco que hacer  
y que haga vuestra ventura.

Por fortuna en nuestra edad  
no es difícil que esto pase;  
hay una barbaridad  
de mujeres de esa clase.

Y eso que—lo he de decir  
con toda sinceridad—  
es difícil conseguir  
ser bonita en esta edad.

¿Por qué?—Porque la elegancia  
que usan ellas á diario  
copiando modas de Francia  
de un género estafalario,  
en nada les favorece,  
más bien les quita belleza;  
pues hay mujer que parece  
el *bazar de la rareza*,

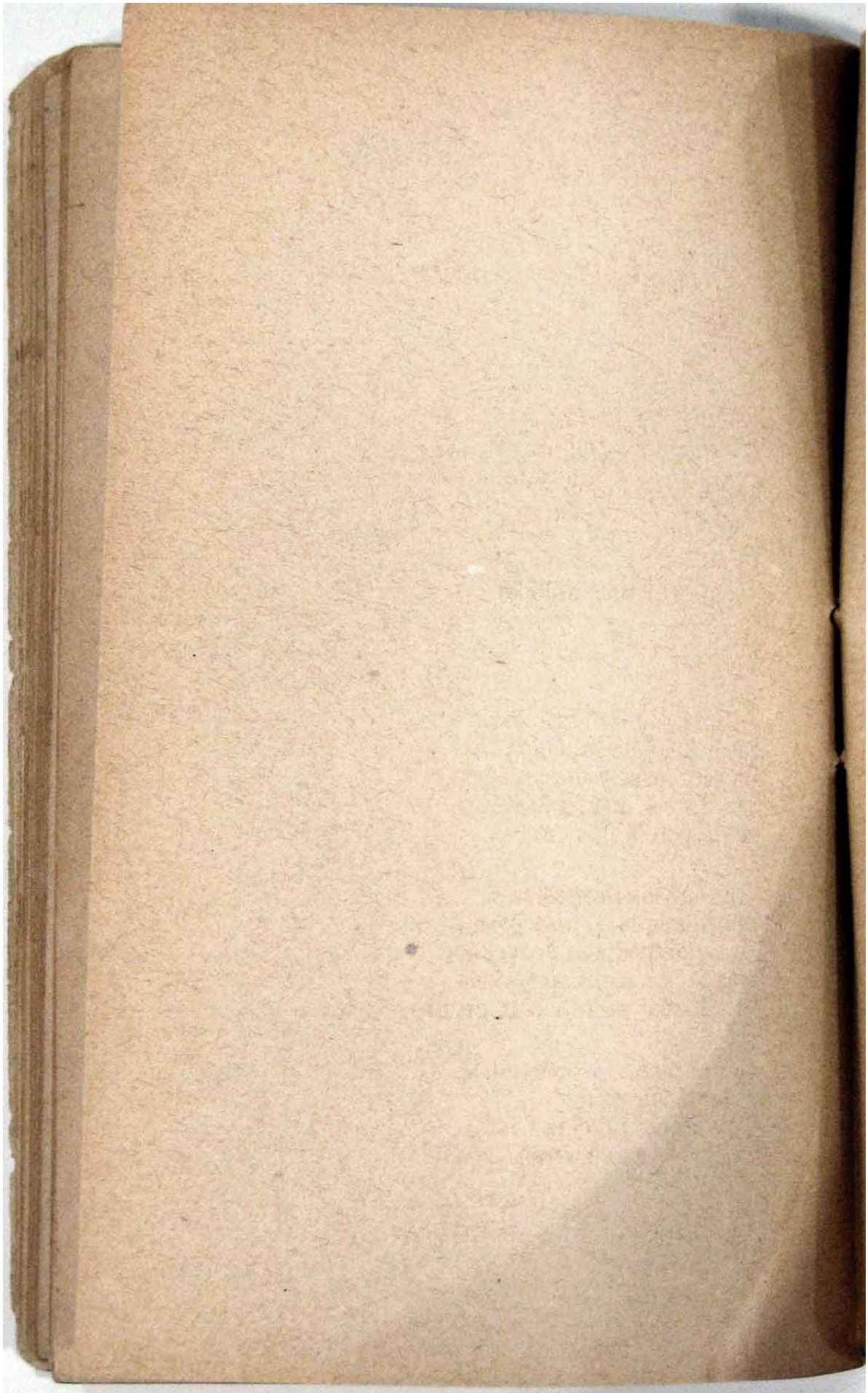
con las colas y encojidos  
y adornos, que bien ó mal

se ponen en los vestidos  
de fin del siglo actual.

La moda les gusta á todas  
con sus rarezas y todo,  
pero, señor, si es que hay modas  
que las ponen de tal modo  
que yo no puedo creer  
con todo mi corazón  
que las lleve una mujer  
con mucha satisfacción.

.....  
Mas vamos á resumir  
y á concretar las ideas:  
conste, para no mentir,  
que existen guapas y feas;  
que nosotros apreciamos  
más, mucho más, las bonitas,  
y á las feas las miramos  
con desprecio... ¡Pobrecitas!

Y que esta desigualdad  
termina de esta manera...  
Siendo de necesidad  
que todo el hombre que quiera,  
entrar en el matrimonio  
legalmente, que se case  
con una, sí, ¡qué demonio!  
con una... de cada clase.



## EL MAL LADRON

---

Causa gran indignacion  
que hombre de tal condicion  
sin vergüenza y sin cordura,  
venga á ser una figura  
de viso, de la Pasion.

En su vida licenciosa  
sabido es que no hizo cosa  
de algún mediano provechó;  
tras cada hazaña afrentosa  
exclamaba: «á lo hecho, pecho».

Y al pérfido y desalmado  
le tenia sin cuidado  
toda accion innoble y vil,  
porque aún no habian creado

como hoy, la guardia civil.

Siendo, por gala, informal,  
llevaba una trapatiesta  
de mil lios, infernal,  
siendo materia dispuesta  
para cometer el mal.

Hasta que ya tanto exceso  
y tantas barbaridades  
cometió, que al fin fué preso,  
y aquellas autoridades  
le formaron un proceso.

El juez, con gran competencia,  
evacuó la diligencia  
y en cuanto que se hizo luz,  
firmó esta grave sentencia:  
«denle muerte en una cruz».

Sentencia que habrá chocado  
por su rigor extremado,  
pero hay que considerar  
que aún no existía el jurado  
y que tiraban á dar.

Así tuvo el mal ladron  
la inmensa satisfaccion,  
fallado el proceso y visto,  
de sufrir la expiacion  
al lado de Jesucristo.

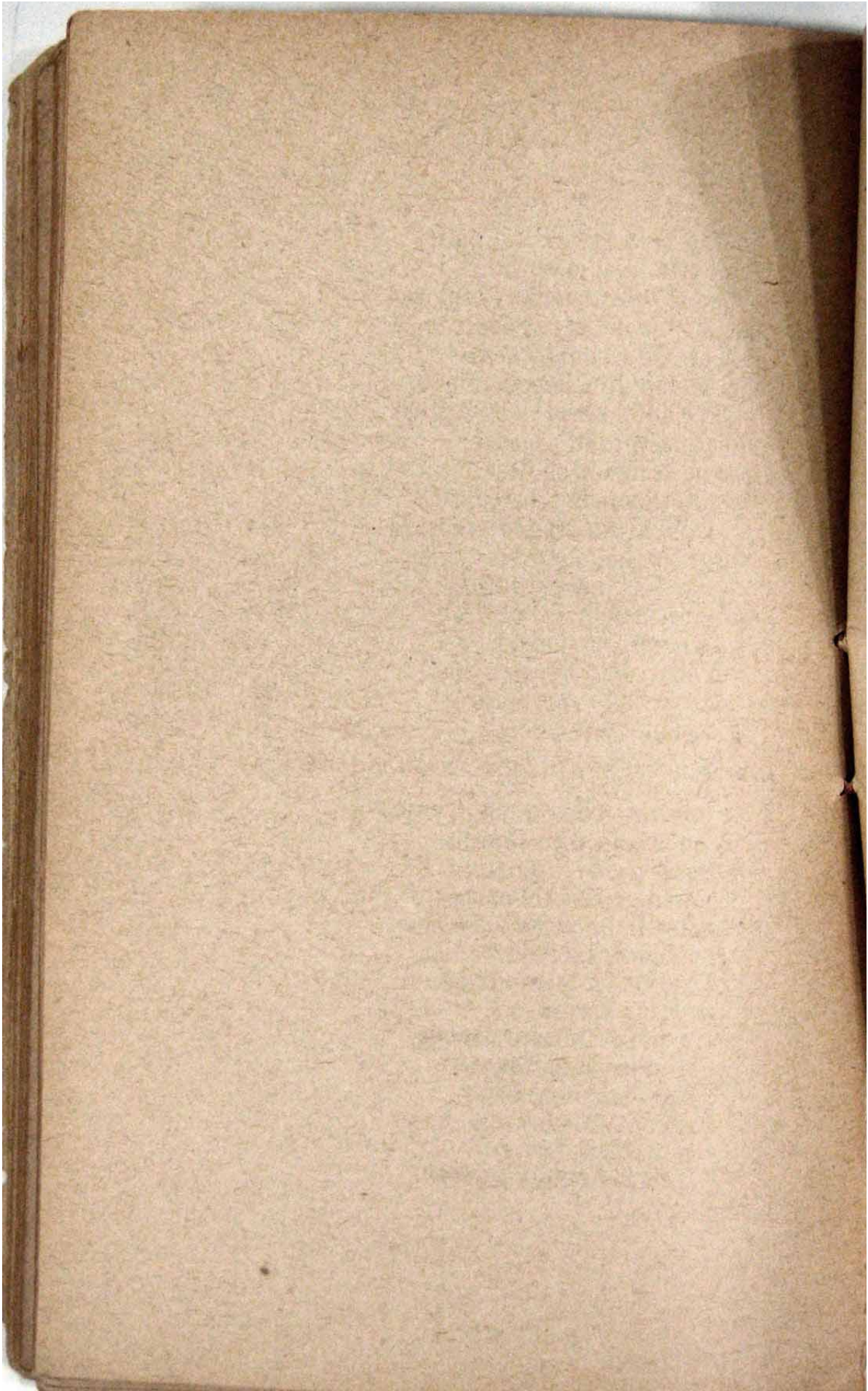
Y aquel pueblo de sayones,  
sin más consideraciones,

ignorante y vocinglero,  
de Uno y otro las acciones  
midió con igual rasero.

Y pasando igual afrenta,  
allí sobre el mismo suelo,  
sufrieron pena cruenta,  
el ladron... ¡buena herramienta!  
y el Rey de la tierra y cielo.

Aunque tan lejos estén  
estos hechos, sin vaivén  
aún sigue la tradicion,  
y se mira hoy al ladron  
igual que al hombre de bien.





«MARIA DEL CARMEN»

---

A DON JOSÉ FELIÚ Y CODINA  
AL ESTRENARSE EN MURCIA SU COMEDIA HUERTANA

Ya vino «Maria del Carmen»  
y se presentó en la sala  
del teatro de Romea,  
con su traje de huertana,  
luciendo su juventud  
y su encantadora gracia  
y haciéndonos exclamar  
viéndola todos:—«Muchacha,  
ven aquí, que como sabes  
queremos verte esa cara,  
y conocerte ese novio,  
y escucharte esas palabras,  
con que vas por esos mundos  
arrebatando á las masas.

¿No te acuerdas ya de nadie  
ó acaso estás trastornada  
porque has estado en Madrid  
y todo han sido alabanzas  
y luego por todas partes  
te han ido llevando en palmas?  
Bah, no seas orgullosa  
y no nos niegues el habla.  
Siéntate tranquilamente  
á la sombra de la parra  
que guarnece con sus hojas  
la puerta de tu barraca,  
y cuéntanos esas penas  
y esas cosas que te pasan  
por el querer de tu Pencho  
y por esa pasión sana  
del pobre Javier, celoso,  
á quien has robado el alma.  
Siéntate y cuéntalo todo  
y háblanos con confianza:  
aquí no estás de etiqueta,  
aquí estás como en tu casa,  
y aunque digas «paere» y «maere»  
y bebas agua en la cántara  
y te pongas en el moño  
un buen manojo de «alábega»  
y repiques las postizas  
en cuanto oigas la guitarra,  
no hemos de torcer el gesto  
ni decir: «¡ay, qué ordinaria!»  
sino «¡qué buena! ¡qué hermosa!  
¡qué castiza! ¡qué murciana!»

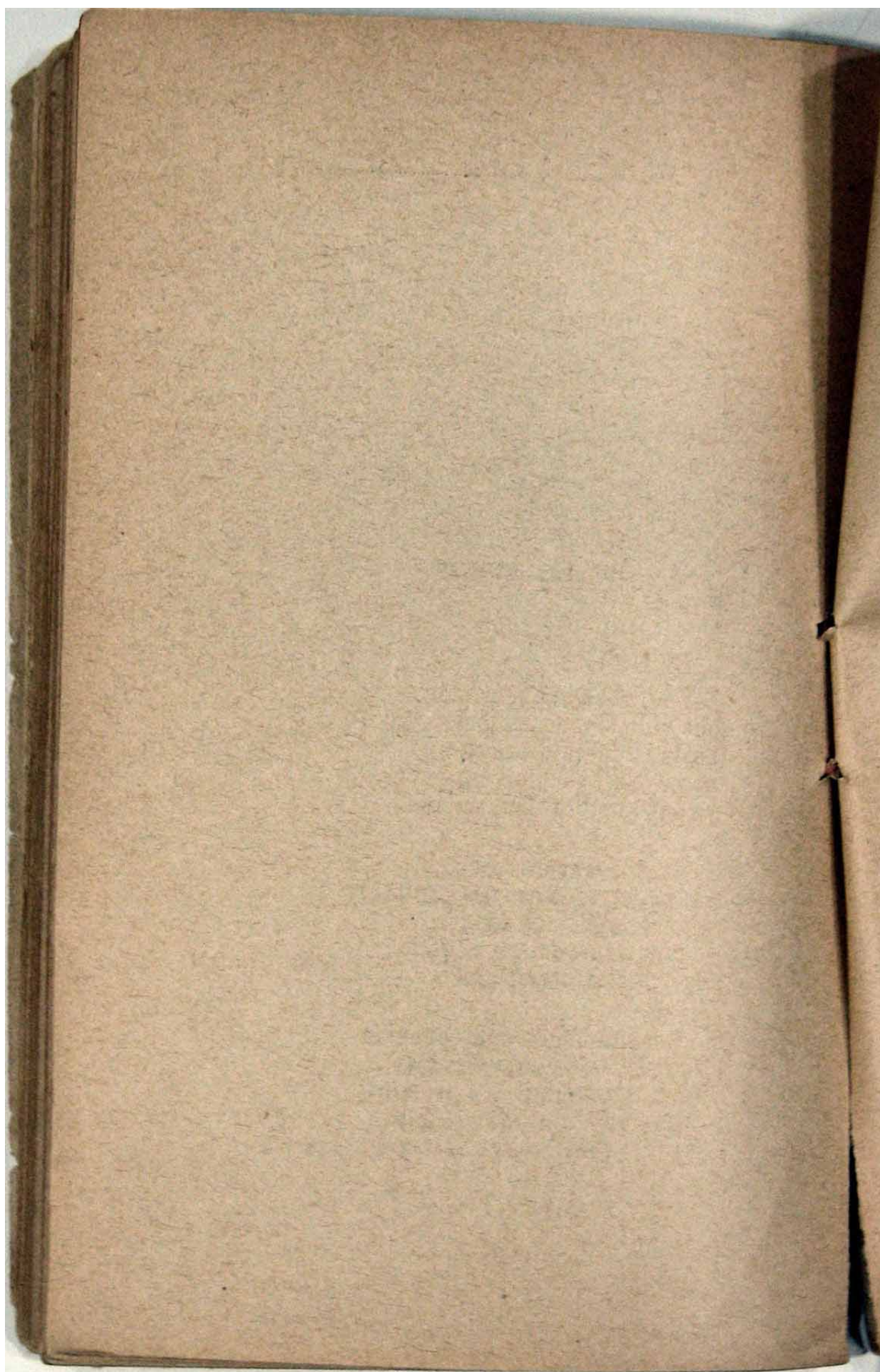
Maria del Carmen fué

y nos contó toda el ánsia  
que ha venido atormentando  
su pecho de enamorada.  
La terquedad de Javier,  
y de Pencho la desgracia,  
el encuentro de los dos  
cuando ella ya se casaba  
con Javier, por evitar  
al otro suerte más mala,  
y que hubiera de vivir  
huyendo á salto de mata;  
su decision, después de esto,  
de ser fiel á su palabra.  
y ser de Pencho ó de nadie,  
pasara lo que pasara;  
y, por último, el por qué  
aquel nudo se desata,  
no matándose dos hombres  
á pinchazos con la faca,  
sino dándose un abrazo  
los que tanto antes se odiaban,  
y diciéndole el que nota  
que ya su vida se acaba  
á su rival: «Tómala  
y Dios la haga bien casada».  
Ella nos lo contó todo,  
y se explicó la muchacha  
de manera que el oírlo  
de gusto nos encantaba.  
Como propios sus pesares  
en nosotros se clavaban  
y nuestra era su alegría  
y era nuestra su esperanza.  
Y al ver aquellos primores

en tan garrida zagala,  
á quien han visto crecer  
pobre y sencilla en su infancia  
los que la encuentran ahora  
hecha una reina de España;  
al ver aquella ternura,  
y al ver que al cabo triunfaba,  
y al ver que iba á ser dichosa,  
y al ver nobleza tan santa,  
de satisfaccion el pecho  
orgullosa se ensanchaba  
y la alegría á los ojos  
precipitaba las lágrimas.

Pronto te vas «Maria 'el Carmen»,  
y sentimos que te vayas;  
poco tiempo has disfrutado  
de estas flores y estas áuras  
que te dieron ser y vida  
para esa triunfante marcha  
en la que vas derrochando  
tantas artísticas galas,  
y haces popular tu nombre  
y das honor á tu patria.  
Pronto te vas, zagalica;  
á ver si en volver no tardas  
y á ver si no nos olvidas  
y á ver si no eres ingrata.  
Cuando el triunfo te deslumbre  
allá por tierras lejanas,  
entre gentes que á tus usos  
y costumbres son extrañas,  
piensa con gusto en nosotros,  
echa hácia aquí una mirada

y acuérdate de la torre  
que se vé salir tan alta  
desde tu modesta ermita  
y tu rústica barraca.  
Adiós: y ya que has venido;  
á aquel que debes tu fama  
haz cumplidos los honores  
y págale en cuanto alcanza  
tu gratitud infinita  
y nuestra franqueza hidalga.  
Y para adornar sus sienes  
del vergel florido arranca  
los adornos más preciados,  
y tú con tus manos blancas  
entreteje una corona  
que no llegues á acabarla  
mientras quede en los jardines  
de esta vega soberana  
sola una flor en los tallos  
y sola una hoja en las ramas.



¡YA SOY HOMBRE!

---

Y no se vaya á entender  
que vine siendo mujer  
hasta la época presente:  
no hay tal; es que desde ayer  
ya soy hombre oficialmente.

Un año tras otro año,  
sin pensar que eso era un daño,  
fui creciendo con ahinco,  
y aunque parece un engaño  
he cumplido veinticinco.

Resultando en consecuencia  
que por esta inexperiencia,  
aunque yo mismo me asombre,  
he llegado en mi existencia  
á poder decir:— ¡Soy hombre!



Las leyes me abren su puerta  
y creyéndome con cierta  
conciencia de mis acciones,  
me otorgan atribuciones  
que antes eran letra muerta.

Ahora el joven y el anciano  
siempre que estrechen mi mano  
me mirarán con respeto,  
puesto que soy un completo  
y cumplido ciudadano.

Como ya está así este mundo,  
sube en mi vida un telon  
y oigo con pesar profundo  
que me dicen: —Mutacion;  
comienza el cuadro segundo.

Y miro las alegrías  
de otros venturosos días  
que van quedándose atrás,  
gritando: «¿Qué te creías...?  
Ya no volveremos más.»

Y en cambio de aquel pasado,  
que el tiempo vil ha deshecho,  
me dice un juez estirado:  
—«Ahora ya tienes derecho  
para elegir diputado.»

A lo cual contestaré  
sin entusiasmo y sin fé  
del político alboroto:  
—«¿Y con que yo tenga voto

¿á mí qué me cuenta usted?»

Pues si en alguna eleccion  
fuera yo á la votacion,  
porque ya es costumbre así,  
tendria la abnegacion  
de votarme solo á mí.

Que por mucha confianza  
y respeto y esperanza  
que en otro se hayan fundado,  
nadie tanto bien alcanza  
como el mismo interesado.

Y que sin vacilacion  
yo sé lo que me conviene,  
y evito la tentacion  
de que por mi mediacion  
otro peque y se condene.

¡Malditas preocupaciones,  
que ya me dan desazones,  
por las que de rábía brinco!  
¡Y todas estas cuestiones  
por cumplir los veinticinco!

Antes cualquier tonteria  
bien se me disculparia  
por la gente, sin empacho.  
«¡No hay que extrañarse—diria—  
que son cosas de muchacho!»

Pero de aqui en adelante,  
¿cómo aguanto sin afrenta

lo más insignificante,  
si ya tengo edad bastante  
para dar de todo cuenta?

Ahora he de hablar con reposo  
y diciendo la verdad,  
y aunque me encuentre garoso  
de echar á correr, juicioso  
andar con formalidad.

Hoy ya me miro al espejo  
y me hallo bastante viejo,  
comparado con ayer,  
dispuesto á dar un consejo  
al que lo ha de menester.

Antes viendo una pollita,  
abria cada ojo así:  
y ahora el humor se me quita  
pensando: «Recapacita  
que eso ya no es para tí.»

Cuando una palabra dé,  
no á secas la soltaré,  
sino diciendo mi nombre  
y á quien hable:—«Sepa usted  
que está hablando con un hombre».

Y si es mujer, al hablar  
será mayor mi tormento,  
que aunque me quiera ingeniar  
¿qué palabra le he de dar  
al no ser de casamiento?

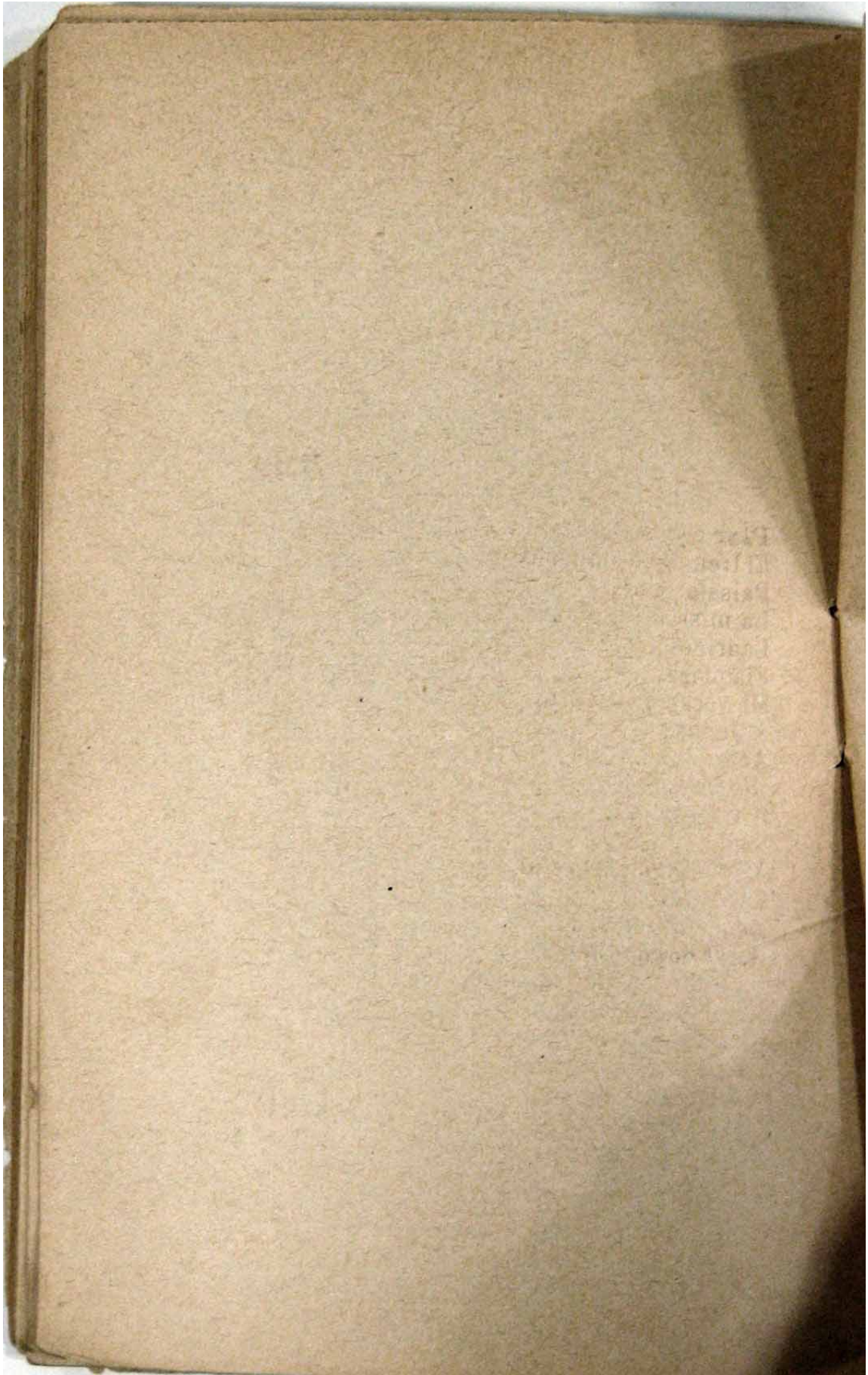
¡Vaya qué complicacion  
y qué imponderables daños  
me trae la elevacion  
á estos veinticinco años  
que son mi preocupacion!

Sin que yo los solicite,  
ni los pida, ni los quiera,  
me pega el tiempo un embite  
largándome esa friolera  
de años, que no hay quien me quite.

Y lo que más me an indignado  
es el haber escuchado,  
con mucha formalidad,  
que á estas fechas he llegado  
¡digo!... á la mayor edad.

¡Mayor llamarla, Señor,  
cuando en tan gran esplendor  
se encuentra la juventud,  
es una inexactitud  
de las de marca mayor!

Pues eso estaría bien  
decírmelo, sin amaños,  
cuando fuera ten con ten  
venciendo muchos más años...  
y al cabo cumpliera cien.



## INDICE

---

	<b>Páginas.</b>
<b>PÁSE USTED, LECTOR.</b> . . . . .	5
El tren de los muertos. . . . .	9
Paisaje. . . . .	13
La misa de campaña. . . . .	15
Ladridos. . . . .	19
Flaqueza. . . . .	25
Mi vocacion torera. . . . .	27
A Judas. . . . .	31
Acta. . . . .	35
¡No hay mal...! . . . . .	39
A Lagartijo. . . . .	43
Rima. . . . .	47
Al puente de Murcia. . . . .	49
El cafetero. . . . .	53
Menos tus ojos. . . . .	59
Obras de repertorio. . . . .	61
La guitarra del soldado. . . . .	65
Leyenda feudal. . . . .	73
¡Castañas...! . . . . .	77
Las feas y las bonitas. . . . .	83
El mal ladron. . . . .	93
«Maria del Carmen». . . . .	97
¡Ya soy hombre!. . . . .	103

